

LA «VILLA» DE SAN PEDRO DE VALDANZO (SORIA)

*A. Jimeno Martínez
J.L. Argente Oliver
J. Gómez Santa Cruz*

RESUMEN.— Se estudia la «villa» romana de San Pedro de Valdanzo (Soria) en su marco ambiental y económico. La excavación permitió detectar un asentamiento rural anterior (S. II-III) y descubrir parte de la construcción señorial —dos tramos del corredor, el «oecus» y una segunda estancia—, de los s. IV-V, con mosaicos, en parte quemados y escasos objetos. El estudio integral de las estructuras arquitectónicas y la cultura material se enfoca hacia la interpretación funcional de la zona excavada y a establecer el marco cronológico de este asentamiento. Finalmente se exponen algunas consideraciones sobre las características del poblamiento de los S. IV-V en la zona del Alto Duero.

ABSTRACT.— The «villa» of San Pedro (Valdanzo, Soria) in its environment and economic context is studied. The excavation showed some remains of a rural settlement of before (2th-3th century) and discovered part of a segnorial building (4th-5th century) —two zones of corridor, the «oecus» and other room—, with mosaics that partially were burned and some few objects. The integral study of the architectonic structures and of the remains has contributed to the functional interpretation of the excavated zone and to determine the chronology of the site. Finally, some considerations about the settlement of the Upper Duero, in the 4th-5th century, are exposed.

Introducción

La excavación realizada en este yacimiento vino desencadenada por la necesidad de salvar los mosaicos, que estaban siendo destrozados por los trabajos de labranza, sobre todo en algunas zonas desde su profundidad no superaba los 30 cm..

El Museo Numantino intervino para detener la destrucción del yacimiento, haciéndose cargo de los daños que sobre la cosecha ocasionaba esta actuación; pero al comprobar que esta zona no había sido respetada y aparecía labrada con fuerte vertedera —al igual que el resto de la finca—, se decidió finalmente intervenir para evitar su destrucción (Lám. I,1) realizándose los trabajos arqueológicos pertinentes durante el verano de 1976.

La intervención inmediata evitó mayores destrozos, pudiendo obtener de la documentación arqueoló-

gica el registro de parte de la construcción y de al menos cuatro mosaicos; no obstante nuestra actuación, que conllevó la extracción de los mosaicos para su traslado al Museo Numantino de Soria, desencadenó una serie de problemas todavía hoy sin solucionar: así se arrancaron tres mosaicos completos y uno incompleto —el de mayores dimensiones—, por problemas económicos y de tiempo; por otro lado, de los cuatro, dos solamente se han consolidado, pero no pueden exponerse por falta de espacio, mientras que los otros esperan todavía su consolidación.

Esta experiencia nos lleva a plantear, para este tipo de situaciones, soluciones que pasen por el mantenimiento «in situ» mediante el cubrimiento de estructuras y mosaicos, garantizado por intervención contundente de la administración sobre los propietarios de la tierra, utilizando los mecanismos legislativos existentes y complementada, a su vez, con el pa-

go de indemnizaciones o rentas en concepto de la producción o cosecha no recogida.

Por último, queremos agradecer a José M.^a Izquierdo, Montserrat Ruiz, Enrique Baquedano, Emilio Ruiz, Ignacio Aparicio, María Stauffer, Julián Abián, Yolanda Martínez y María Jesús Barranco su colaboración en los trabajos de campo; así como los dibujos de los mosaicos y estructuras arquitectónicas a Fernando Moisés Fernández y Juan José Ruiz, quien además realizó las fotografías, y a Antonio Alonso los dibujos de los materiales.

Situación y características ambientales del yacimiento

Este asentamiento romano está situado junto al pueblo de Valdanzo, en una suave pendiente, orientada al Este y a la izquierda del arroyo que lleva el mismo nombre del pueblo. Las coordenadas son 0° 17' 10" longitud E (Meridiano de Madrid) y 41° 32' 50" latitud N (Fig. 1, n.º 1).

No hay duda de que se trata del mismo lugar que recoge Taracena en su Carta Arqueológica: «En el suave declive del Cerro de San Pedro, un kilómetro al Sur del Pueblo y a la derecha del camino a Valdanzuelo, se halló un fragmento de estela romana que fue intestada en la obra de una casa de la plaza del pueblo, algún tiesto de «terra sigillata» paleocristiana, un trocito de plancha de piedra con adornos geométricos labrados a dos bisel en técnicas de los siglos IV al V de J.C., restos de mosaicos de teselas toscos y numerosos fragmentos de tejas y ladrillos, denunciando una construcción habitada hasta el siglo V de nuestra Era» (TARACENA, 1941: 165-166). A esta información, hay que añadir otra más reciente de Ortego referida al mismo lugar de San Pedro, que recibe este nombre por la existencia en él de una antigua ermita con esa advocación, hoy destruida y convertida la zona en tierra de labor; pero de sus cimientos o paredes se extrajeron sillares rotos algunos con vestigios epigráficos (posiblemente la inscripción que está embutida en la pared de una casa de la plaza del pueblo) y otros materiales fueron reaprovechados para rehacer la antigua portada del humilladero de San Bartolomé, donde aparecen visibles dos capiteles de talla sumamente estilizada y una saetera monolítica, decorada con dentellones en toda su longitud, considerados visigodos de época tardía (ORTEGO, 1983: 11).

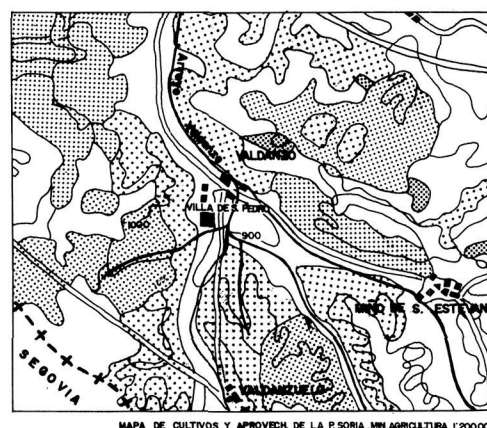
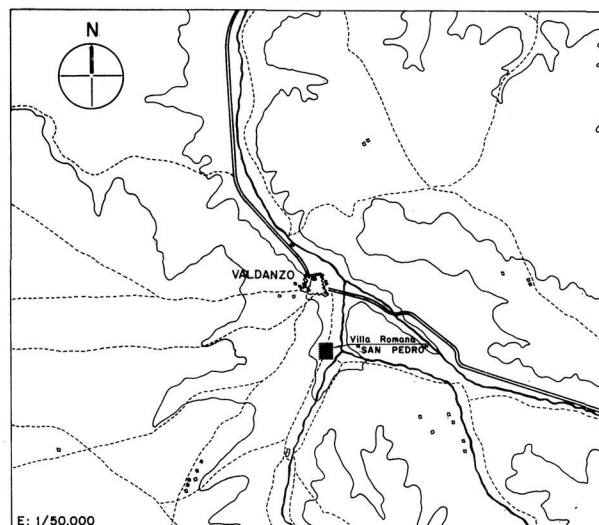


Figura 1. 1: Situación de la «villa» de San Pedro. 2: Marco de cultivos y aprovechamientos de la «villa» de San Pedro.

Esta villa, con su situación en torno a la media ladera-baja, pero lo suficientemente alejada del arroyo para evitar la humedad y las filtraciones de agua, se ajusta a las características de emplazamiento que presentan otras villae de esta zona. Así mismo, escoge uno de los espacios más amplios del suave encajonamiento que presenta el arroyo Valdanzo; amplitud que viene proporcionada por la confluencia en esta zona de varias fuentes de agua como son los arroyos de Los Pasos, a la derecha, y del Lobo a la izquierda. Por tanto, se trata de un lugar relativamente abierto y aireado, pero a su vez, lo suficientemente resguardado de los rigores climáticos de esta zona, ya que al quedar ligeramente por debajo de la curva de 900 m., se ve pro-

teguido al Norte por el cerro que actualmente ocupa el pueblo; hacia el Oeste por el de San Pedro de 1.033 m. a cuyo pie se asienta; por el Este con cerros y alturas de unos 1.000 m.; al Sur, el valle del arroyo se cierra ligeramente entre elevaciones también de unos 1.000 m..

Al igual que otras villae de esta zona, y como ocurre generalmente, también ésta se asienta en un caudal o cauce menor de agua pero próxima a su confluencia, a unos 6,5 Kms., de un río de primer orden como en este caso es el Duero. Pero sobre todo, como indican los agrónomos latinos, para situar o construir una villa primaba la rentabilidad del «fundus». En este sentido, esta zona del Sur-Oeste de la provincia de Soria participa del tránsito de las estribaciones del Sistema Central —a caballo de Segovia y Soria— a la amplia campiña del Duero, en los límites de Soria y Burgos, lo que proporciona un aprovechamiento un tanto diversificado, adecuado a las características de centro económico autosuficiente que concurren en estos establecimientos romanos (GARCÍA MERINO, 1975: 355 ss.; GORGES, 1979: 911 ss.; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982: 48 ss.).

El entorno ambiental de esta «villa» posibilita una explotación amplia de tipo mixto, capaz de cubrir unas necesidades de autoabastecimiento, ya que junto a buenas tierras de explotación intensiva de secano, para cereal, viñedo y en menor medida olivo, también disponen de una amplia vega de regadío que le proporcionaría los productos hortícolas y herbáceos complementarios. Pero además, hay que destacar la posibilidad de pastos y las abundantes manchas de coníferas y frondosas, que ofrecen buen aprovechamiento para el ganado ovi-caprino, así como abastecimiento de combustible (Fig. 1, nº 2).

Por otro lado, la «villa» se encuentra ligeramente separada (aproximadamente 20 Kms.) de la vía 27 del Itinerario de Antonino, que desde Caesaraugusta se dirigía a Astúrica, ya que esta ruta, después de pasar por la ciudad de mayor relieve de esta zona, en época imperial, como fue Uxama (Osma), se dirige hacia el Noroeste para alcanzar Clunia (Peñalba de Castro), en la provincia de Burgos (CORONADO y GONZÁLEZ, 1982: 7 ss.).

No obstante, se encuentra a unos 6-7 Kms. de un camino secundario de cierta importancia que discurría por el valle del Duero —en la actualidad seguido por la N-122— y que comunicaba más directamente la zona de Uxama con Aranda y Roa (la antigua Rauda). La importancia de este camino estaría señalada por la situación, sobre esta ruta, de la ciudad celtibé-

rica de Segontia Lanka, localizada por Taracena en La Cuesta del Moro, a unos 6 Kms. de esta villa, antes de cruzar el Duero, en el término de Langa de Duero (TARACENA, 1932 y 1941: 89-90).

Planteamiento arqueológico y estratigrafía

El objetivo de los primeros trabajos se encaminó inicialmente a comprobar el estado en que habían quedado aquellas zonas que mostraban en superficie mayor número de restos de mosaicos, estucos y otros materiales. Pudimos observar como el arado había arrasado y levantado los materiales arqueológicos de una amplia zona situada más baja, en la ligera pendiente, donde se practicaron las catas A, B y C, que ofrecieron, sobre todo, abundantes restos de fauna —incluso algunos huesos estaban quemados—, así mismo, hay que destacar un escoplo de hierro, un agujón de hueso con cabeza redonda y restos de una tubería de cerámica.

Posteriormente el objetivo se encaminó a determinar la zona intacta, para lo cual se realizaron catas de 3 × 3 m. en diferentes lugares, pudiendo comprobar, como las zonas más bajas y próximas al camino, Catas D, E, F y G eran las más estériles y acusaban ausencia de materiales constructivos, ofreciendo sólo algunos fragmentos cerámicos y enseguida el manto natural arcilloso; así mismo por la Cata H, realizada incluso al otro lado del camino a Valdanzuelo, pudimos comprobar la imposibilidad de construcciones en esta zona, ya que existían filtraciones de agua, recogiéndose únicamente algunos fragmentos de sigillata decorados con ruedecilla. En la parte superior, pudimos también comprobar por la Cata J, el límite de elementos constructivos, ya que solamente proporcionó algunos fragmentos de sigillata, cerámica común y fragmentos de hierro.

Por lo tanto, los trabajos se centraron en la zona intermedia, descubriéndose una amplia superficie, ocupada por dos habitaciones y dos tramos de corredor con suelos de mosaico, destrozados en amplias zonas, coincidentes con el paso y dirección del arado (Lám. I,1).

No obstante, en algunos puntos se pudo comprobar la disposición, más o menos ordenada, de los materiales constructivos derruidos, por encima de los suelos musivos, así en la parte superior aparecía un manto de tejas —«imbrices» y «tegulae»— que cubrían restos de estuco de diferentes colores (rojos, verdes, amarillos, azules y blancos), correspondientes al revesti-

miento de paredes y techos, que tapaban los escasos restos de carbón, situados inmediatamente encima de los mosaicos, que, en amplias zonas, estaban quemados intensamente, hasta el punto de haberse alterado los colores de las teselas (los blancos en grises y los rojos en tonos amarillentos).

En varias zonas se practicaron catas por debajo de los mosaicos, que permitieron conocer la cama o asiento de los mismos. Por debajo de la lechada de cal que sujetaba las teselas, aparecía una potente capa, a veces de unos 10 cm. de yeso con fragmentos de ladrillo o «opus signinum», sobre un manto de unos 5 cm. de tierra con piedras calizas (rudus), como base de acondicionamiento (Fig. 2).

En algunas zonas, en el relleno de esta primera capa de preparación para el asiento del mosaico, se observaron ya restos de teselas de mosaicos anteriores, cerámicas y abundantes carbones. Pero en otras, se identificó nítidamente por debajo, un nivel constituido por tierra suelta oscura, abundantes restos de carbón, huesos, asta, cerámica común, a veces quemada, sigillata e «imbrices», así como fragmentos de estuco rojo, evidenciando la existencia de un establecimiento anterior en este lugar, que se apoyaba directamente sobre el manto natural, constituido por arcilla grisácea.

Las estructuras arquitectónicas y sus características

La superficie descubierta de unos 450 m² nos permitió documentar una zona de la «villa» correspon-

diente a dos tramos de corredor o peristilo, formando ángulo, que denominamos A y B, así como dos habitaciones C y D, esta última de mayores dimensiones y cabecera absidial (Fig. 3).

Los dos tramos de corredor tienen una anchura de 3,5 m., pero del A solamente se han conservado unos 7 m. de largo, cubiertos con mosaico de campo de rombos, proporcionando una perspectiva de cubos en relieve; la superficie del tramo B es mayor, alcanzando los 13 m. de largo y están cubiertos por un mosaico de campo de hexágonos con emblema. Cada uno de estos tramos corresponderían a dos de los lados y uno de los ángulos de un corredor o peristilo, posiblemente de 4 lados, en torno a un patio central, que organizaba esta construcción o mansión señorial de la «villa», o al menos, una parte importante.

El tramo B, parece corresponder a uno de los lados donde se abrirían las estancias o algunas de las estancias de mayor relieve, lo que estaría indicado por la presencia de una zona emblemática y por las características que presentan las habitaciones excavadas que a él se abren. El mosaico que cubre este corredor iba de un extremo al otro del mismo, quedando limitado el mosaico del tramo A, a la altura del muro exterior de aquél.

Las dos habitaciones o estancias excavadas se abren al tramo B, una de ellas, la C, es de planta rectangular y de dimensiones más pequeñas, unos 5 × 2,4 m. (12 m²); por el contrario, la D ofrece mayores dimensiones y consta de dos partes una ligeramente rectangular, más bien cuadrada de 9,87 × 9,70 (95,73 m²) y el remate de su cabecera semicircular o en for-

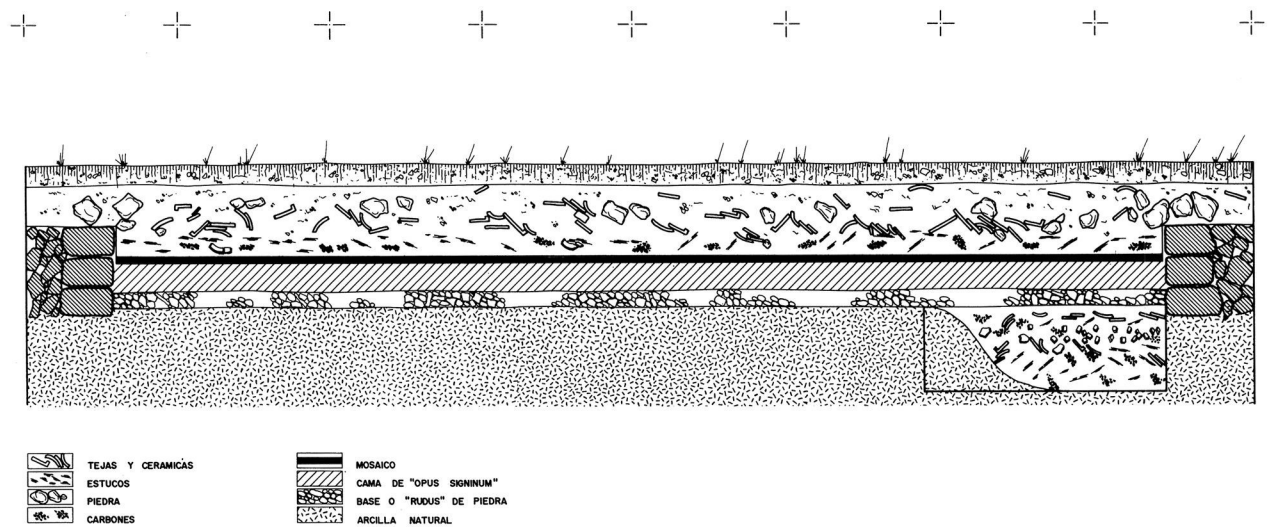


Figura 2. Corte estratigráfico de la habitación C.

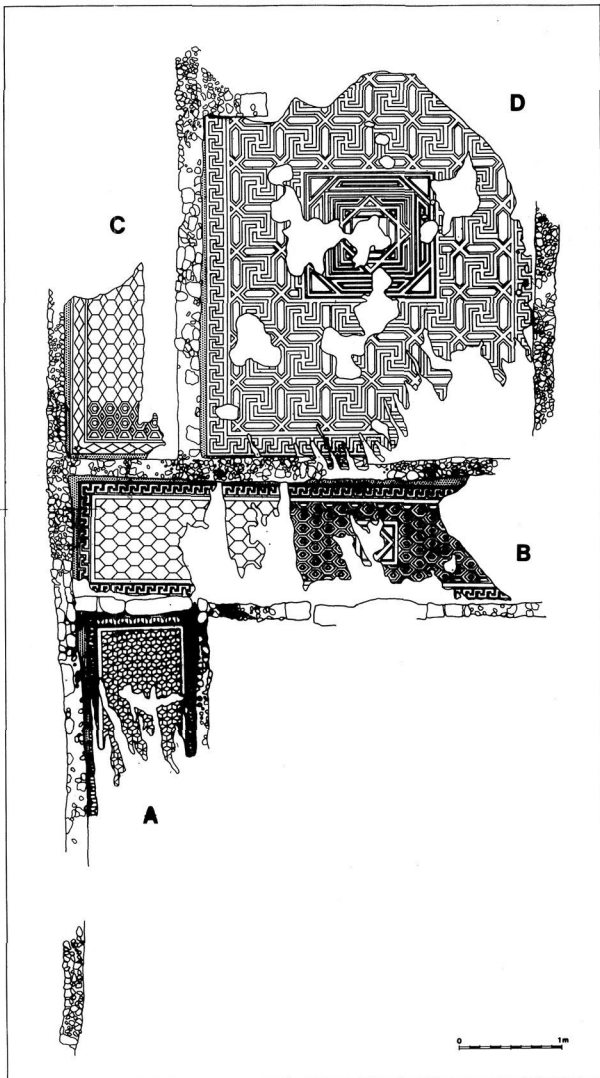


Figura 3. Conjunto de las estructuras arquitectónicas y mosaicos.

ma absidal, de la que solamente excavamos una mínima parte, coincidente con uno de los ángulos, constituido por un pequeño muro de cierre que indica la separación entre las dos zonas.

Los muros de esta construcción presentan un tratamiento irregular y están realizados con piedras sin escuadrar, —las dimensiones oscilan entre 25×17 a $9 \times 10,5$ — a base de dos lienzos, uno exterior y otro interior, trabados en el centro con relleno de argamasa y piedras. Solamente en uno de los muros de la habitación D, de mayores dimensiones, se dispusieron algunos sillares de caliza.

Los diferentes grosores de los muros están relacionados con las características de las distintas zonas de la construcción, así los muros exteriores del posible

peristilo solamente ofrecen 37 cm. de grosor, por el contrario los de la habitación D son los de mayor potencia, con 66 cm., mientras que los del resto de la construcción oscilan en torno a los 55 cm..

Los clavos de hierro, aunque también se halló alguno de bronce, aparecían con frecuencia en las diferentes estancias, pero sobre todo se hallaron en la habitación D, lo que relacionamos con elementos de aplique y decoración, índice de la mayor profusión y complejidad de estos elementos.

Las tegulas e imbrices del tejado presentan grosores de unos 2,5 cm. y pestañas o engrosamientos de 3,7 cm., diferenciándose de los hallados en el nivel inferior, correspondientes al asentamiento más antiguo, que solamente tienen 2 cm. de grosor y son de color (Fig. 16, n.º 330 y 293).

Del recubrimiento de las paredes se recogieron estucos de diferentes colores en cada habitación lo que indica, como es usual, una decoración pintada que posiblemente tuviera un carácter geométrico. También existen diferencias de este recubrimiento en las distintas zonas, así el grosor de los estucos por lo general oscila entre 2,5 y 3 cm.; mientras que en la habitación B, alcanzaban 4,5 cm. y, además, se observaron en ella elementos moldurados, lo que indica un tratamiento diferenciado en este aspecto decorativo. Esta distinción queda también resaltada por la presencia de un rodapié corrido, realizado con «opus signinum», en forma de cuarto círculo, que mide 12 cm. de ancho y 4 de alto.

No obstante, la variedad cromática detectada es mayor en los corredores, a base de colores rojo, verde y amarillo en el tramo A y rojo, negro y amarillo en diferentes zonas del tramo B e incluso restos moldurados en tonos blancos y rojos a la altura de la entrada a la estancia D. Los estucos recogidos en las habitaciones C y D se limitan a colores rojos, amarillos y blancos.

Los mosaicos

Los mosaicos están confeccionados con «opus tessellatum» constituido por teselas finas de 1 a 1,5 cm. de ancho por 0,7 a 1,5 cm. de alto, no obstante se aplica un trabajo menos cuidado con teselas de mayores dimensiones, de unos 2 cm. hasta 3,5 cm., y de colores limitados a blanco, negro y rojo para completar o unir el mosaico hasta la pared, ya que esta zona quedaba oculta, en parte, por el recubrimiento o estucado

de las paredes, el rodapié, como ocurre en la habitación D, o el mobiliario general.

Estos mosaicos y particularmente los que cubren el corredor B y la habitación D, presentan intensas zonas quemadas que han cambiado incluso el color de las teselas, lo que unido a la escasez de los materiales hallados —1 fragmento por m²—, lleva a pensar en un abandono con incendio de esta edificación.

Mosaico de cubos del corredor A

Está muy deteriorado por la acción del arado, conservándose más intacto en el extremo que se relaciona con el tramo B, con unas dimensiones de 5,68 × 3,29 m., es decir de unos 19 m² (Fig. 4; Lám. I).

Está configurado a base de un campo uniforme de rombos en tonos blancos, negros, rojos y amarillos, alineados diagonalmente los de cada color, proporcionando de esta manera el efecto de cubos en relieve; todo ello está enmarcado o rodeado por dos orlas, una interior de cable o sogueado y otra exterior de bandas de «redans», es decir una greca simple que acoge columnitas en cada uno de sus lados.

Aunque para este mosaico existirían antecedentes desde los primeros siglos del Imperio, no obstante los paralelos y semejanzas más próximas se pueden establecer con otros paneles tardíos bien conocidos en la Meseta como Baños de Valdearados (Burgos) (ARGENTE, 1979: fig. 20), Villa de Quintanilla de la Cueva (Palencia) (GARCÍA GUINEA, 1982: fig. 7, lám. 27-28), Villa del Val de Complutum (FERNÁNDEZ GALIANO, 1984: 222-226) y sobre todo en la villa de Cuevas de Soria, con la que encontramos similitudes para otros motivos paneles de Valdanzo (FERNÁNDEZ CASTRO, 1983: 76; TARACENA, 1930 y 1941: 60). La fecha que se admite y propone para estos mosaicos es la del siglo IV, que se ajusta o encaja bien con nuestro contexto.

Mosaico de hexágonos o “nido de abeja” del Corredor B

Se conserva una amplia superficie que mide 13 m. × 3,5 m., es decir unos 48 m², no obstante, se advierte a lo largo de esta superficie tres amplios rotos agrandados progresivamente por el arado, uno de ellos afecta a un elemento emblemático desaparecido. Parece que éste, al igual que el emblema del mosaico de la habitación D, fueron arrancados en época an-

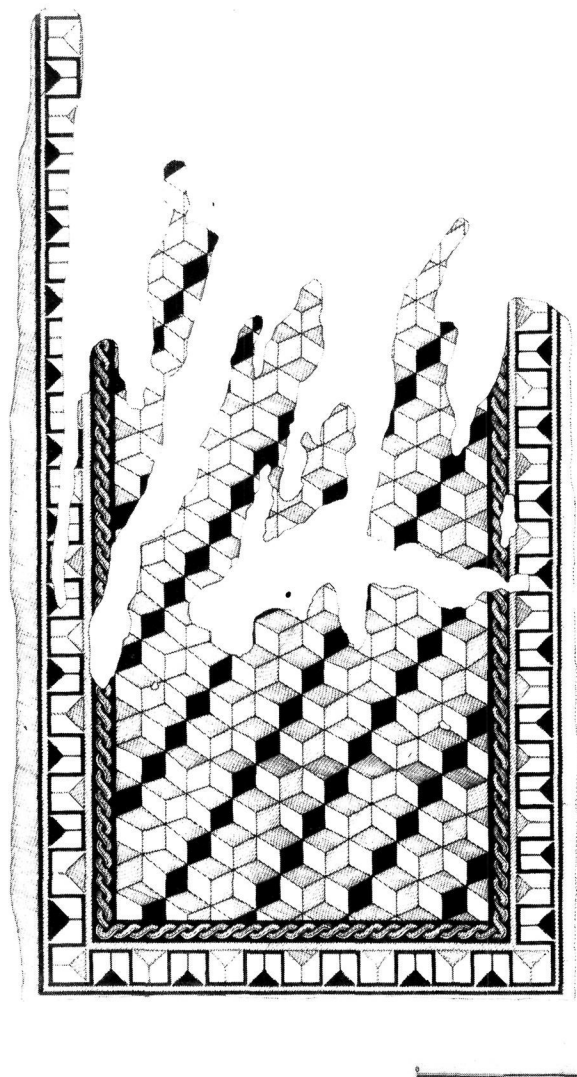


Figura 4. Mosaico de cubos del corredor A.

tigua o, al menos, con anterioridad (Fig. 5; Lám. IV, 1).

Está constituido por un campo uniforme de hexágonos que forman una red o «nido de abeja» de teselas negras, reforzada con un segundo hexágono que encierra o enmarca a su vez pequeñas cruces blancas de Malta sobre fondo negro. Todo ello queda rodeado o enmarcado por dos orlas, una interior de cable o guiloché acordonado de teselas negras sobre fondo blanco y otra exterior, en los mismos colores, a base de greca de meandros que se entrecruzan en tetrasquel, similar a la de un mosaico de Cuevas de Soria (FERNÁNDEZ CASTRO 1983, fig. 12, n.º 63, p. 71) y otro de Santervás (BLÁZQUEZ y ORTEGO, 1983, n.º 35, lám. 13, p. 40-41) (Lám. II,2).

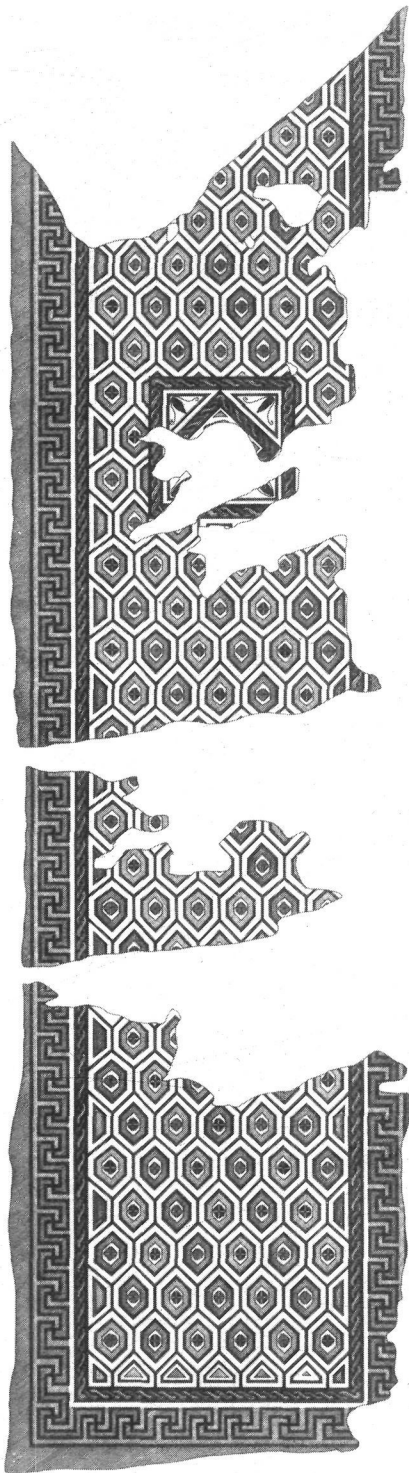


Figura 5. Mosaicos de hexágonos o «nido de abeja» del corredor B.

Por lo que queda del emblema central se puede apreciar que estaba configurado a base de un cuadrado exterior realizado con cable o trenza y un rombo, con el mismo motivo, inscrito en el cuadrado; en los cuatro ángulos o triángulos, que resultan del acomplamiento de estas dos figuras geométricas se disponen palmetas estilizadas. El centro del emblema está arrancado y solamente se aprecia en uno de los ángulos del rombo el relleno de triángulos (Lám. II,1).

El reticulado de hexágonos es uno de los motivos más frecuente en mosaicos, desde finales del s. I a.C., hasta la mitad del s. II, pero se mantendrá, o resurgirá, hasta el s. IV, como se comprueba en las villas de esta zona (BLÁZQUEZ Y ORTEGO, 1983, p. 19, n.º 1, lám. 26), así se conoce en Los Quintanares con hojas y también cruces de Malta y en Cuevas de Soria con retícula de nido de abeja, reforzada a su vez con un segundo hexágono que, en este caso, encierra un diamante (BLÁZQUEZ Y ORTEGO, 1983: 77-78 fig. 20, n.º 71; ORTEGO, 1976: 359 ss.; TARACENA, 1930 y 1941: 60).

Mosaico de hexágonos y rombos de la habitación C

Está muy destrozado y solamente conservamos uno de sus ángulos, de 5 m. × 2,4 m., es decir unos 12 m² (Fig. 6; Lám. III).

Está constituido por un campo uniforme de hexágonos y rombos; los primeros están reforzados por un segundo hexágono que lleva inscrito en su interior un gran círculo, mientras que los rombos incluyen otro rombo más pequeño relleno de color. La orla, que rodea el campo, corta en los lados largos los rombos por la mitad, proporcionando un remate en triángulos, mientras que en el lado estrecho al cortar los hexágonos proporciona un remate en trapecios. La orla está desarrollada por una retícula de rombos que encierran otro relleno en su interior, enmarcados por dos líneas, que deja espacios triangulares rellenos a su vez con triángulos similares más pequeños.

Este mosaico respira una misma inspiración y sentido compositivo que el comentado anteriormente, lo que permite atribuirle la misma cronología.

Mosaico de meandros de svásticas de línea de cable y gran emblema de la habitación D

Sin duda alguna esta habitación, debía de ocupar un lugar destacado en la edificación, como lo in-

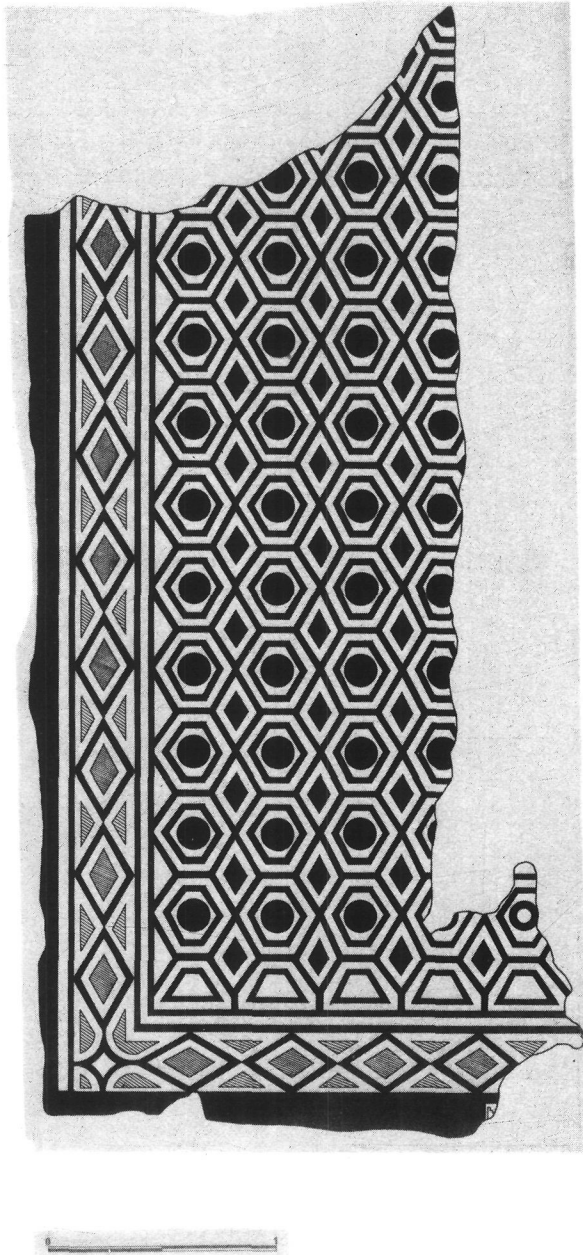


Figura 6. Mosaico de hexágonos y rombos de la habitación C.

can sus características y los motivos ornamentales del mosaico y su gran emblema central (Fig. 7; Lám. IV,2).

El esquema general se basa en el meandro de svásticas contiguas, trazadas con línea de cable, dejando en las uniones de estos espacios hexagonales alargados, que van rellenos unos con series de cuartos de círculo paralelos que dejan una alineación de triángulos en la zona central y otros con bandas de ondas interrumpidas con líneas horizontales. El campo está en-

marcado o rodeado por ancha orla de meandros en línea negra simple sobre fondo blanco, que se entrecruzan en svásticas (Lám. V, 1 y 2).

Se aprecia el cambio de motivo decorativo y la prolongación del mosaico en la zona donde estuvo la puerta de comunicación con el corredor, a base de un motivo romboidal de doble línea, rematando en elementos semicirculares, enmarcado todo ello por una línea que a su vez crea espacios o motivos triangulares.

Destaca en este mosaico el gran emblema central, que guarda relación con el comentado en el tramo B del corredor, por su disposición delante de la puerta de entrada a esta habitación y por presentar un mismo carácter compositivo, así como los motivos de palmetas estilizadas. No obstante, hay que indicar que desconocemos en ambos el motivo central o emblema propiamente dicho, ya que están arrancados, posiblemente en época antigua (Lám. IV, 1 y 2).

El enmarque del emblema está constituido por dos grandes cuadrados de cable, pasando a continuación a una figura octogonal, al transformar o cerrar los ángulos del cuadrado en triángulos, en los que se disponen sendas cráteras o «Cantharoi» de los que salen zarcillos o elementos vegetales enrollados; siguen dos cuadrados con cenefa que cobijan a otro cuadrado más pequeño realizado con cable que se entrecruza, formando una estrella de ocho puntas con otro algo mayor dispuesto en forma losangica, realizado con el mismo motivo y cuyos ángulos cortan o secan a los realizados con cenefa; todo ello enmarca un cuadrado central más pequeño de línea que encierra una guirnalda de hojas de laurel y en cuyos ángulos aparecen palmetas estilizadas, similares a las del emblema del corredor. El paso de unas figuras a otras dan lugar a espacios triangulares, simultáneamente remarcados, o trapezoidales que van decorados con grecas que rodea un rectángulo liso central o por una especie de ajedrezado.

Este mosaico es similar o muy próximo a otro de Las Cuevas de Soria, que apareció en la sala identificada con el triclinio (TARACENA, 1930 y 1941: 60), en cuanto a diseño de campo y motivo central, que se fecha en el s. IV —con posterioridad a Constantino— (FERNÁNDEZ CASTRO, 1983, n.º 57, lám. 25, pp. 65-67), atendiendo al empleo de superposición de círculos y rombos, dentro de los límites de un cuadrado, con carácter repetitivo; la presencia de guirnaldas que encierran el motivo central o inscripciones como en el caso de Las Cuevas, así como de los «Cantharoi» y la estilización de palmetas.

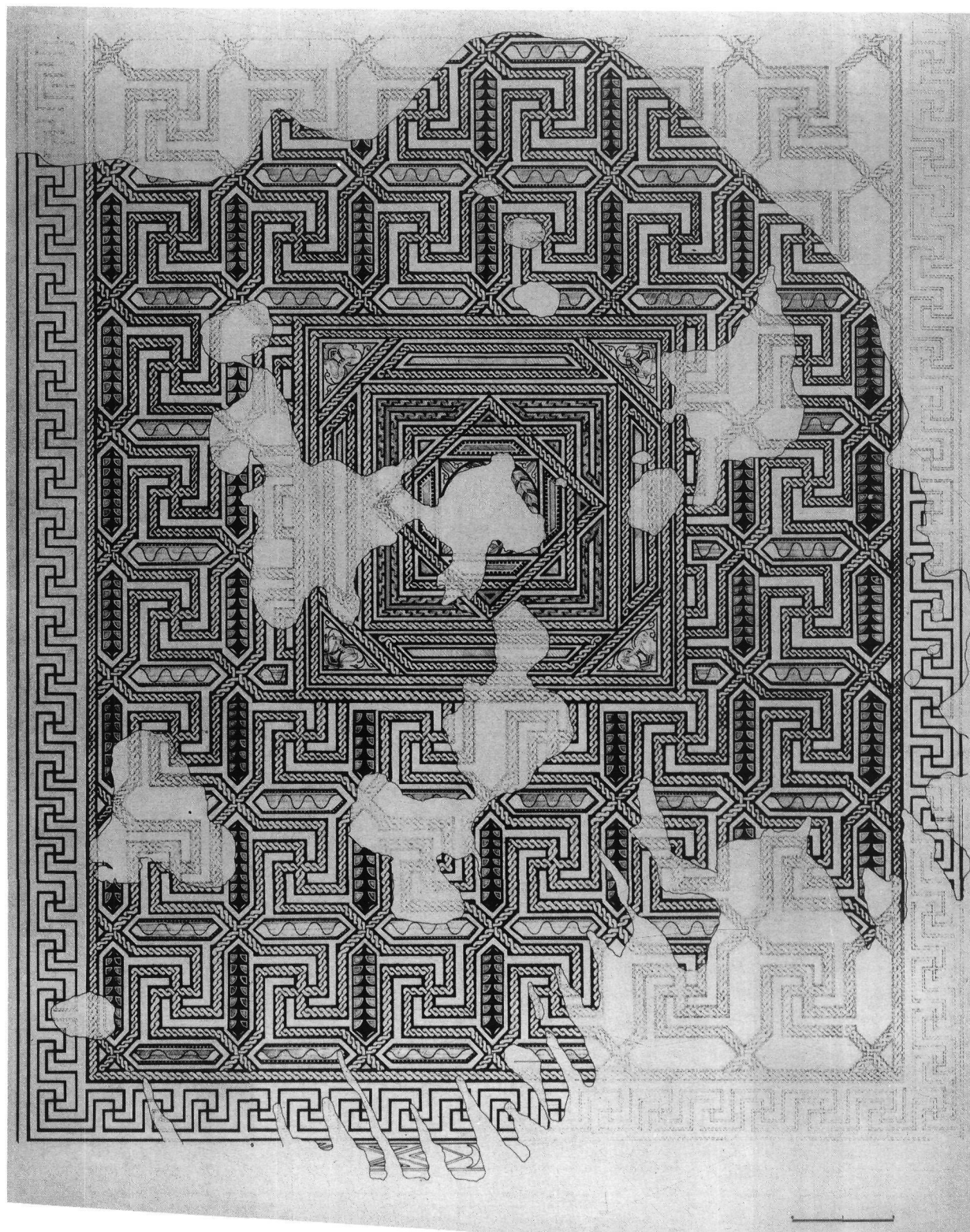


Figura 7. Mosaico de meandros de svásticas de línea de cable y emblema de la habitación D.

Las similitudes que existen entre los diferentes mosaicos de la villa de Valdanzo, tanto en lo referente al diseño como en los motivos empleados, con otros de la villa de Cuevas de Soria, nos llevan a plantear que fueron confeccionados los paneles o algunos de ellos por los mismos artesanos musivarios.

La cultura material

La excavación de esta villa ha deparado escaso material y muy fragmentado, lo que a veces dificulta su identificación. Esta escasez de material nos lleva también a incidir en la hipótesis del abandono de este asentamiento, quedando solamente los materiales que no interesaron o pudieron llevarse, que se reducen a un conjunto de cerámicas (no superan los 300 fragmentos), algunos útiles y elementos de metal (sobre todo clavos), un ara votiva rota, parte de agujones de hueso (Fig. 18, n.º 111) y muy escaso vidrio, del que solamente se puede destacar un botón o aplique de pasta vítrea.

Cerámica Sigillata (Figs. 8 a 11)

El conjunto de esta cerámica ofrece diferentes formas y tipos que responden a criterios cronológicos y de procedencia distinta. En este sentido, hay que tener en cuenta que en gran medida los materiales aparecían revueltos por la acción del arado y en muchas zonas se habían levantado y mezclado los dos niveles de ocupación. Por tanto, en el conjunto, se diferencia un pequeño lote de cerámicas más antiguas (números 118, 208 y 227, así como n.º 268) formas Mez. 7, Clara A o Hermet 13, que se pueden llevar hasta un momento sin mayor precisión del s. III; por lo que vendrían a situar cronológicamente el asentamiento inferior, ya señalado al hablar de la estratigrafía (MEZQUIRIZ, 1961: 70 y 78, Láms. 20 y 26; LAMBLOGIA, 1963: 259 ss.).

El conjunto más numeroso de cerámicas evidentemente coincide con la construcción descubierta de los s. IV-V, entre los que destacan las formas 37 tardías (n.º 41, 96, 136, 139, 158, 290 y ss. y 363), Drg. 35 (n.º 339), Mez. 6 (n.º 100 y 179) y 42 (n.º 349), T.S.H.T. 4 (n.º 249 y 2747, 5 (n.º 173), 10 (1 y 160) y 12 (n.º 352), así como algunas imitaciones de las paleocristianas 4, 6, 16-17 (n.º 177, 181, 341), que ven-

drían a documentar una ocupación de esta «villa» hasta el s. V (MEZQUIRIZ, 1961: Láms. 15, 23, 38; PALOL y CORTES, 1974: 124, 127, 133 y 134; MAYET, 1983: 252 ss.; LÓPEZ, 1985: 50 ss.; RIGOIR, 1968: 219-222, 226-7; CABALLERO Y ARGENTE, 1975).

Cerámica común (Figs. 12 a 16)

La mayor parte de las cerámicas de este tipo corresponden a ollas con borde vuelto hacia fuera, que presentan normalmente ranura o rehundido para ajuste de la tapadera —bien conocidas en las tipologías al uso (VEGAS, 1973: tipo 1a; ALARCAO, 1974: n.º 337, 707, 873, 874, 887-889)—, que en general se fechan en los siglos IV-V, (n.º 277, 208, 132, 223, 234, 245, 290, s/n, 95, 133, 356, 27, 11, 138, 162, 72, 54 y 91); así como otros ejemplares sin ranura (Fig. 13: n.º 202, 212, s/n, 49, 33, 219, 87), de la misma época (ALARCAO: n.º 872 y 918). También los cuencos y platos de la fig. 14 apuntan a esta cronología (ALARCAO: n.º 612, 616, 625, 930, 977). Menos frecuentes son las jarras y botellas (n.º 168, 380, s/n, 76), así como un mortero con vertedor (n.º 131), un posible embudo (n.º 4) y el cuello de una ánfora o gran cántaro (n.º 278) (VEGAS, 1973: tipo 42 y ALARCAO, 1974: n.º 887, 861, 903; VEGAS: tipo 7 y ALARCAO: n.º 926, 1.026; VEGAS: n.º 19 y ALARCAO: n.º 900; VEGAS: tipo y ALARCAO: n.º 508 ó 664).

Para todo este conjunto de formas, al igual que las ollas comentadas, se encuentran paralelos en otros yacimientos que se fechan en los s. IV-V y sobre todo, en este último momento.

Cerámica pintada (Fig. 17)

Completan el conjunto cerámico un grupo de ejemplares pintados que engranan con la tradición decorativa de esta zona.

Destacan fundamentalmente los restos de jarras de boca ancha (n.º 281, 257, 251, 272, 248 y 254) y asas (n.º 232 y algunos de la fig. 16), decoradas con líneas horizontales y espacio metopado con líneas verticales, que separan zonas en las que se disponen pequeños trazos en la parte superior e inferior, mientras que el centro se llena con series de dobles curvas. También un fragmento (n.º 292) lleva decoración reticulada con punto grueso en las uniones, y en su interior, un motivo estrellado o floral y otro con líneas vertica-

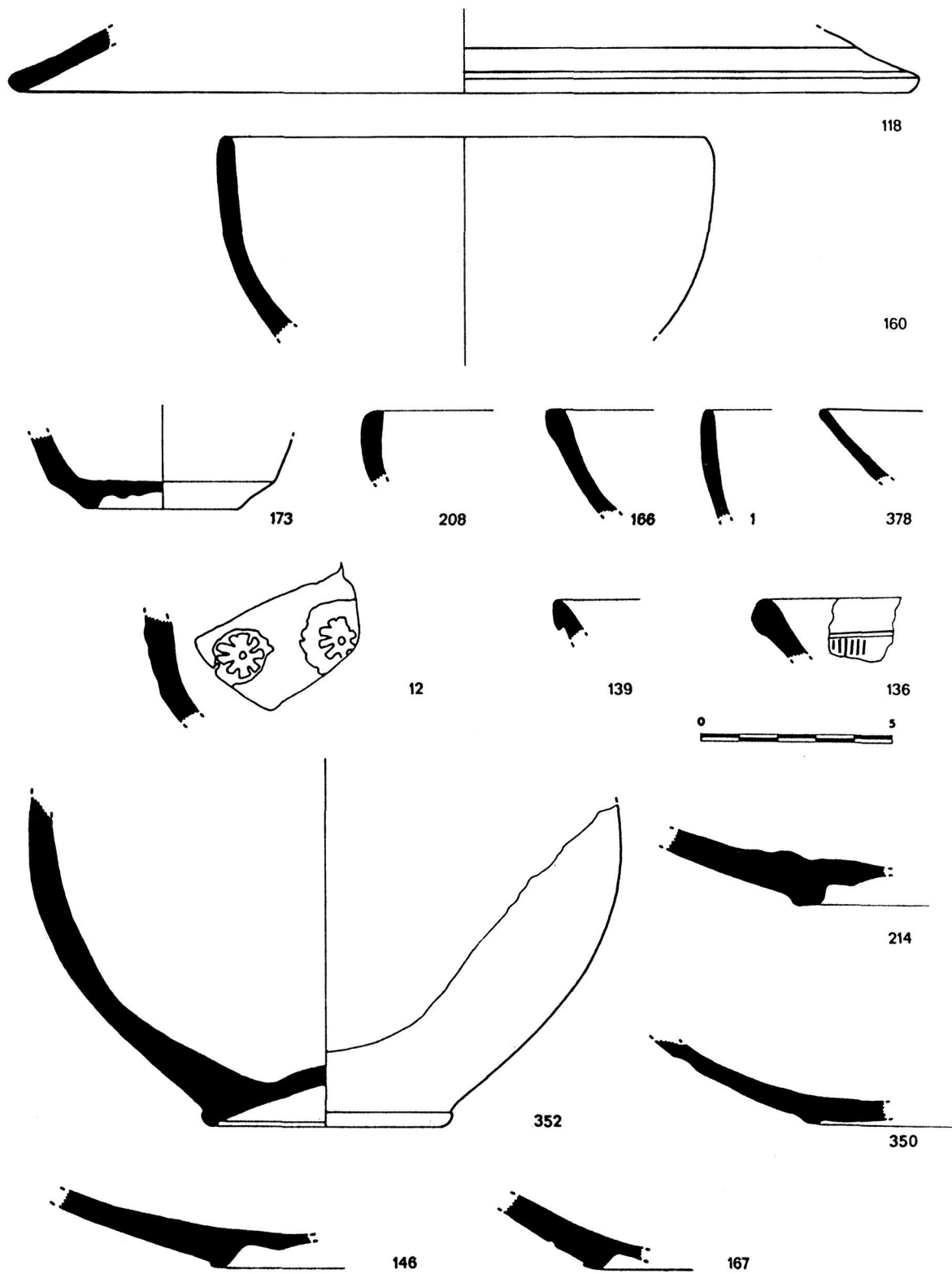


Figura 8. Cerámicas sigillatas.

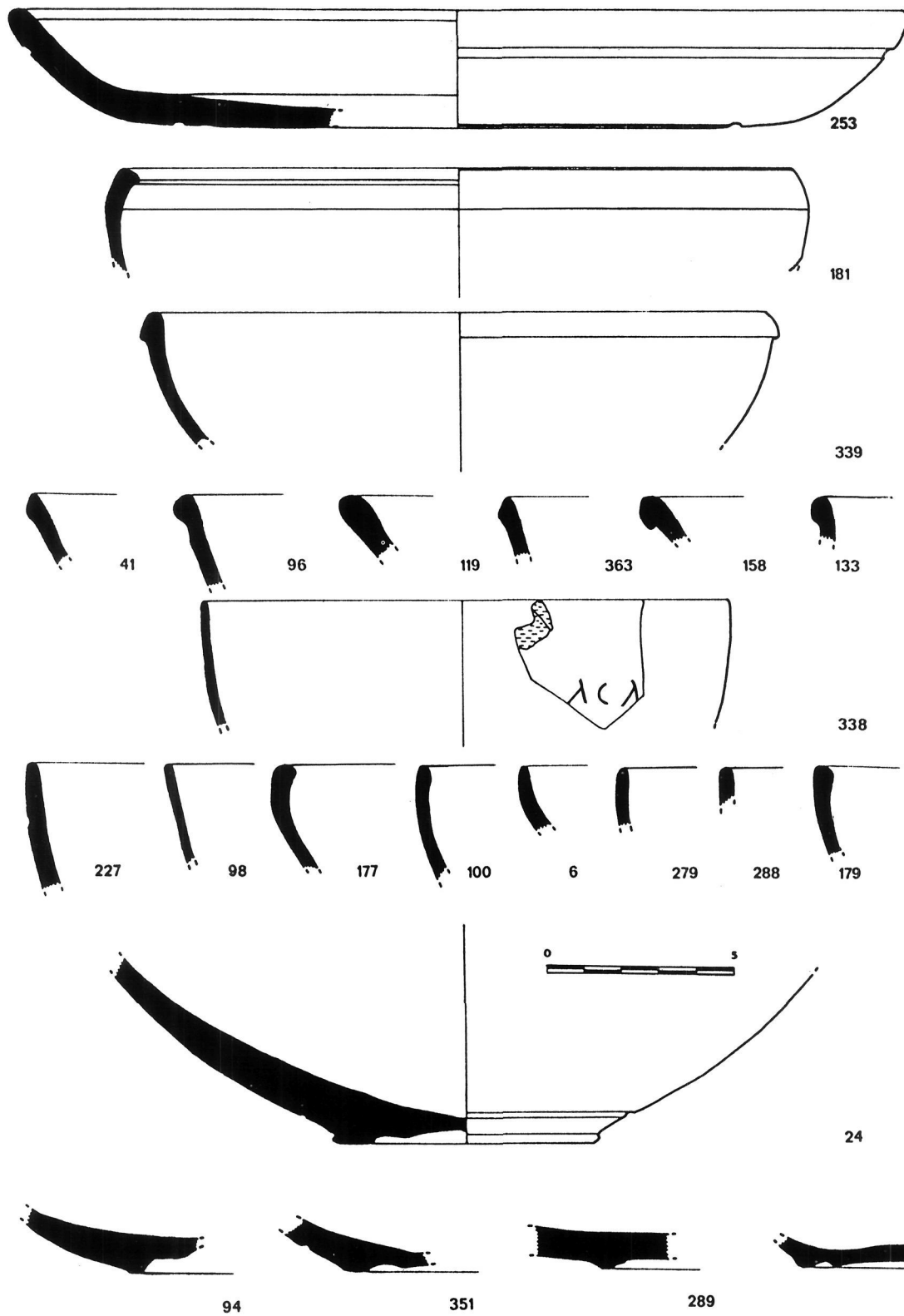


Figura 9. Cerámicas sigillatas.

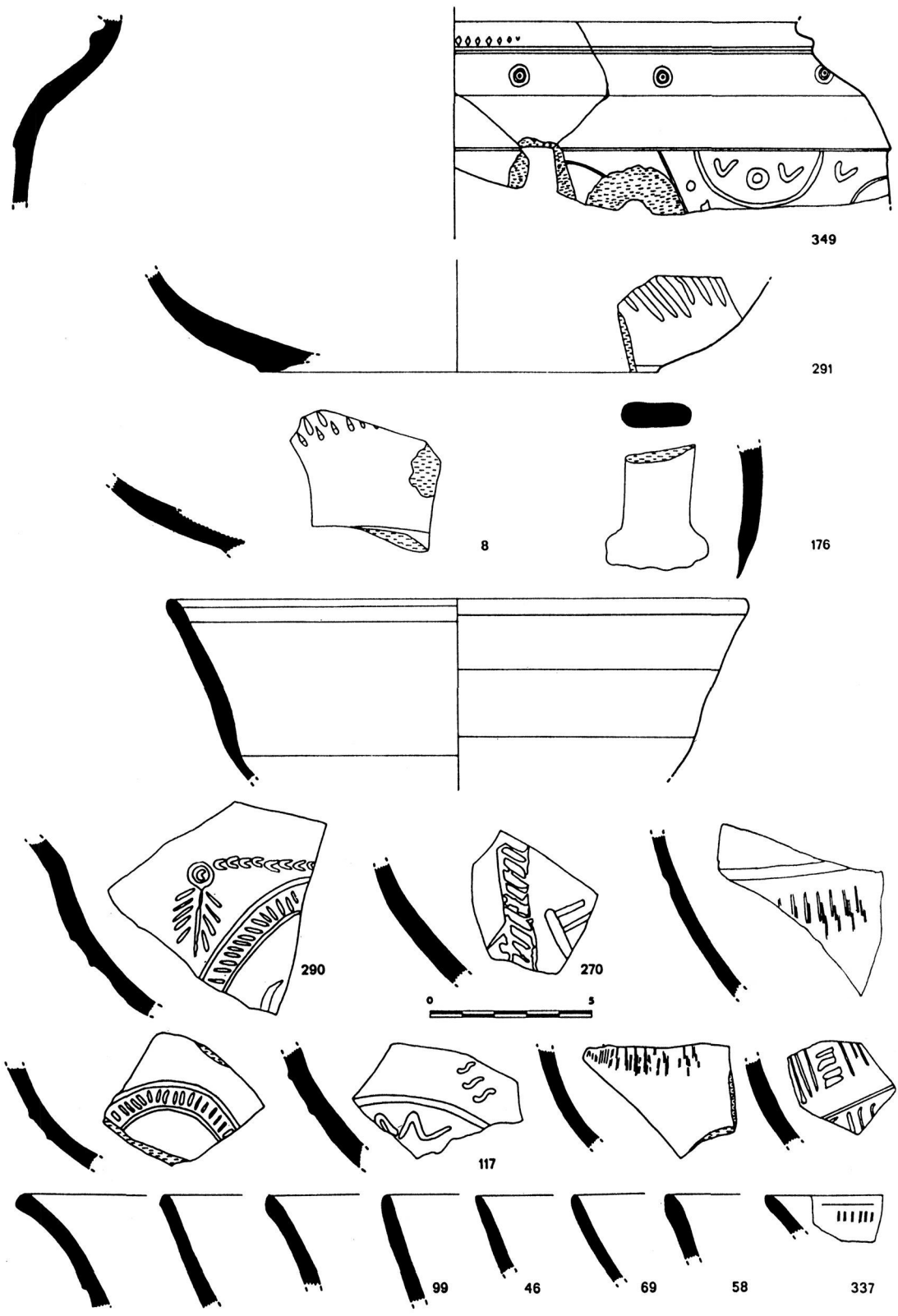


Figura 10. Cerámicas sigillatas.

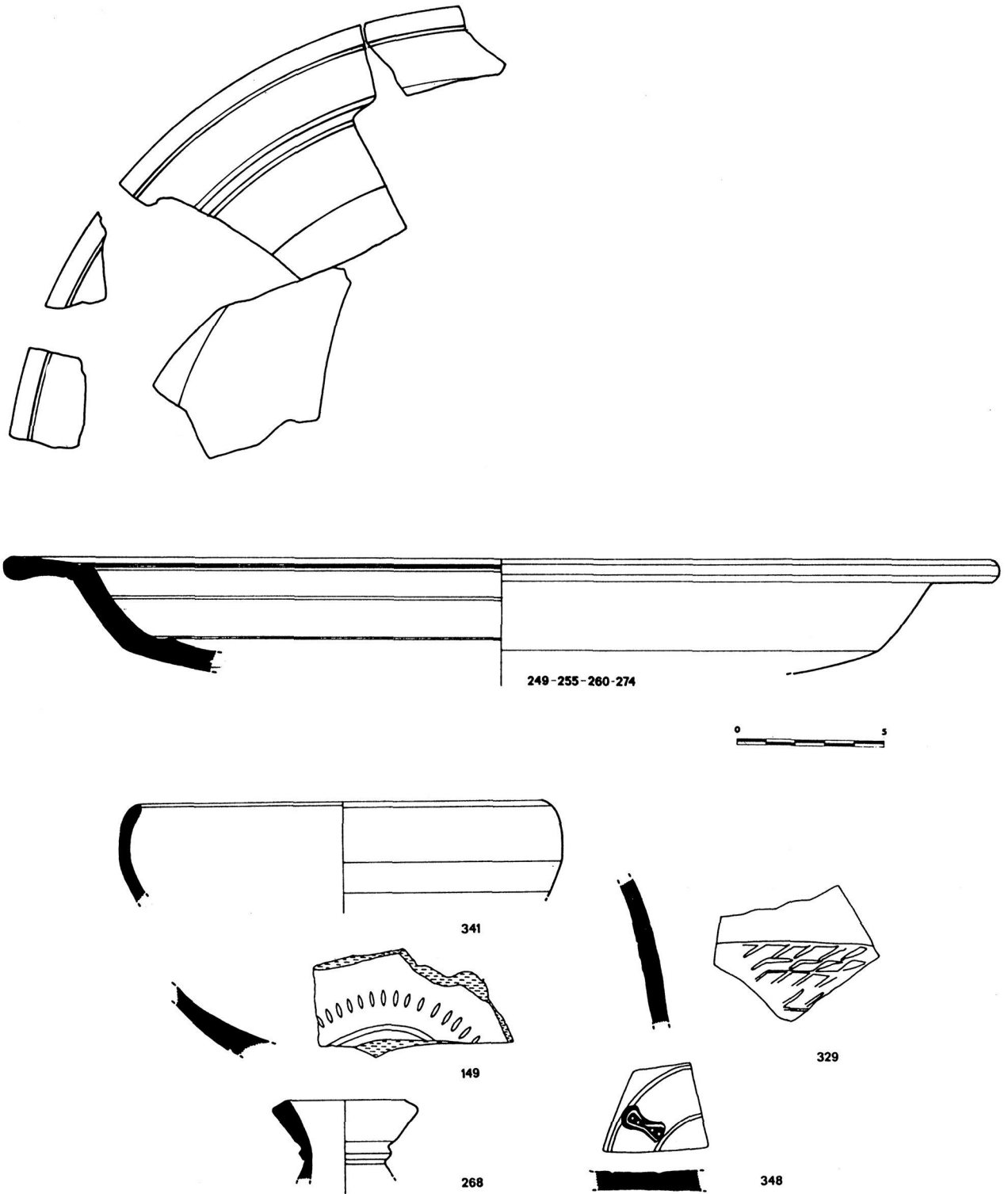


Figura 11. Cerámicas sigillatas.

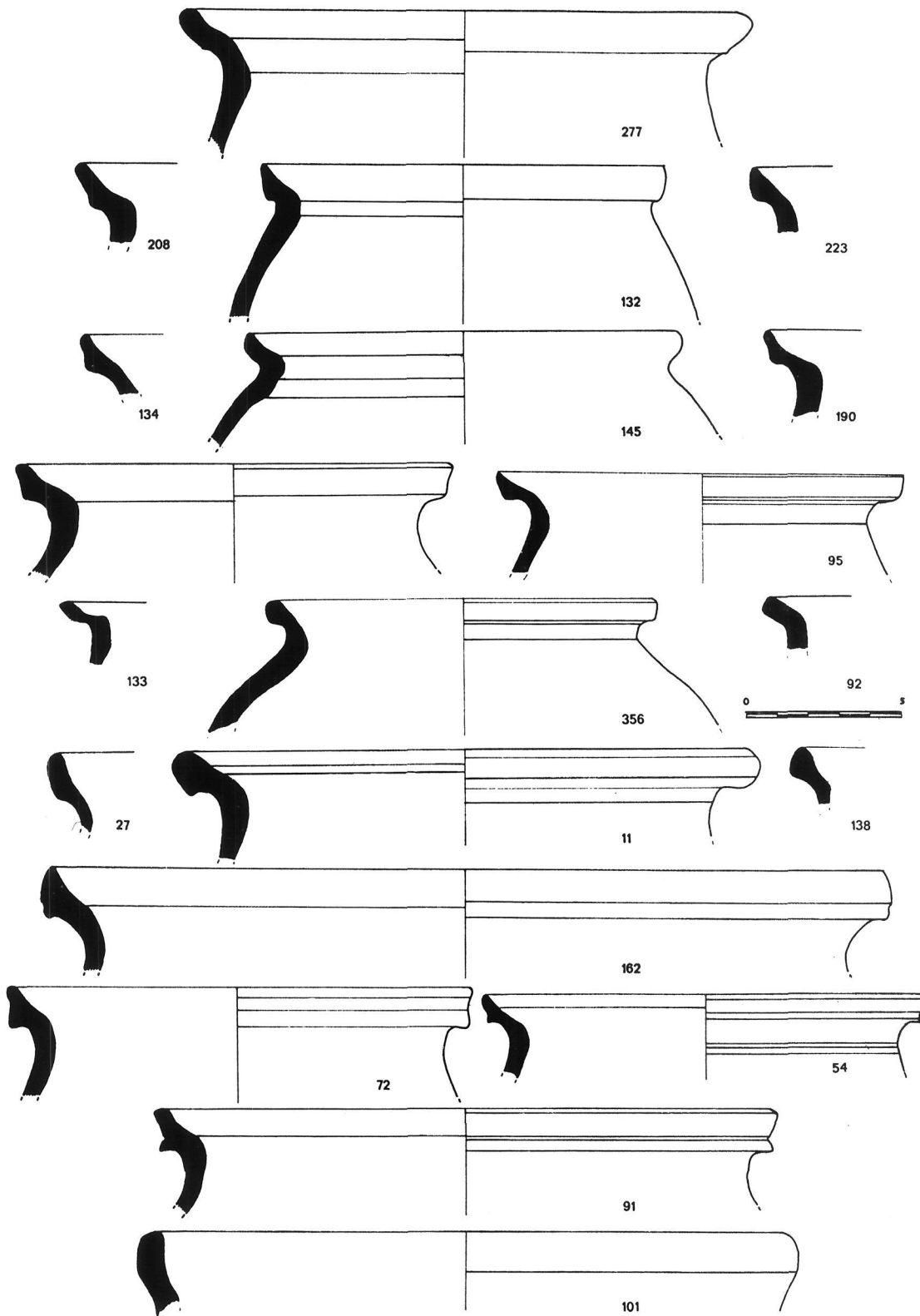


Figura 12. Cerámicas comunes.

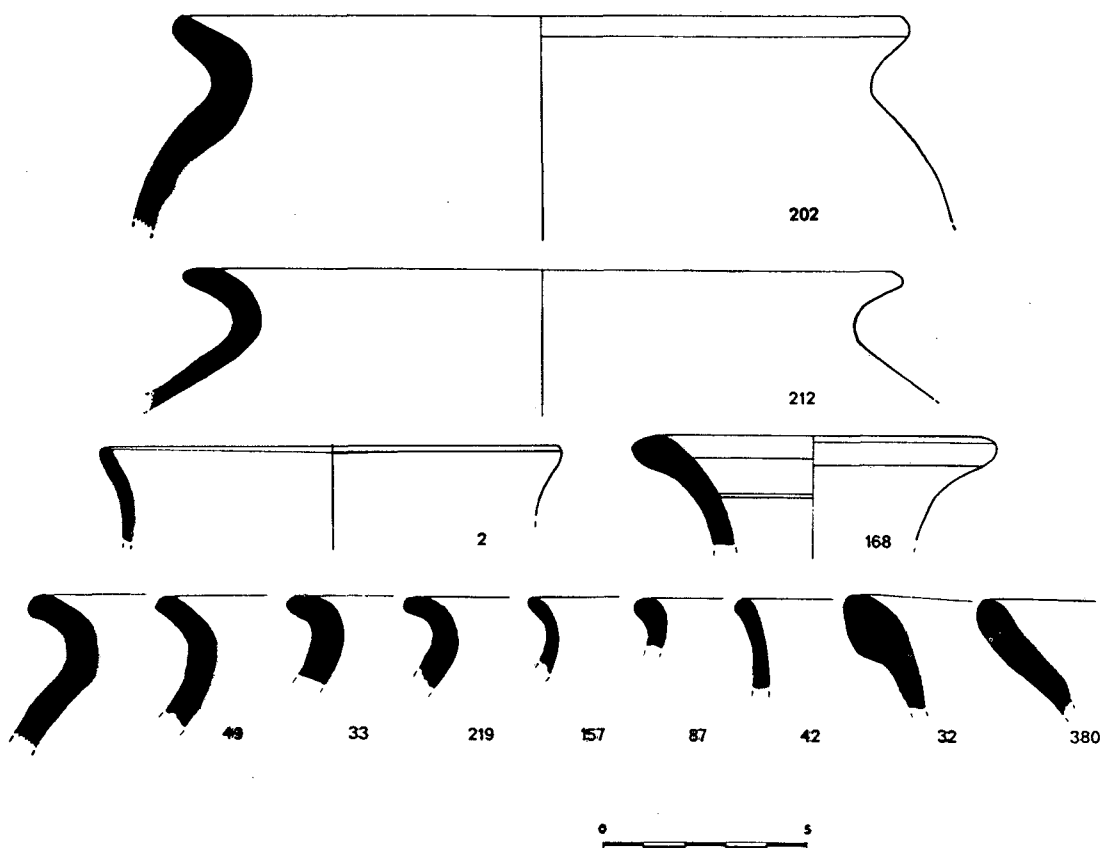


Figura 13. Cerámicas comunes.

les de las que parten pequeñas curvas a modo de orlas (n.º 157). Estos ejemplares hay que relacionarlos con la forma n.º 22 de Abascal, que por ejemplares de Tarancueña y Los Tolmos, se pueden fechar en el s. IV-V (ABASCAL, 1986a: 199-202; 1986b: 138-140; JIMENO, 1979: 99ss.).

Otra forma, representada por el frag. 141, corresponde a un pequeño vaso de borde saliente y posiblemente troncocónico, carenado y decorado con dos líneas horizontales por debajo del borde y de las que parte una línea oblicua que señala posiblemente el inicio de una decoración en retícula, correspondiente a la forma n.º 23 de Abascal, fechada en Clunia en el s. III y en Los Tolmos en los s. IV-V (ABASCAL, 1986a: 202-204; 1986b: 140-141; JIMENO, 1979: 99ss.).

Finalmente tenemos que señalar dos fragmentos de cuenco uno pequeño, troncocónico, s/n, borde ligeramente engrosado con restos de líneas verticales y circulares y, otro, de mayor tamaño y profundo (n.º 345), cuya pared describe una suave curva en S, rematado en un borde saliente ligeramente engrosado

y que va decorado con un friso de pequeñas líneas oblicuas enmarcadas por líneas horizontales, dispuesto en el borde, del que parten series verticales de arriba a abajo, a base de elementos escaleriformes, y que alterna con sucesión de puntos o triángulos. Este último cuenco posiblemente no corresponda a un momento tardío, sino que pueda relacionarse con el primer asentamiento en este lugar y con las producciones «tipo Clunia», forma 1 de Abascal (ABASCAL, 1986a: 63).

Materiales metálicos (Figs. 18 y 19)

Del conjunto de elementos metálicos sobresalen en número los clavos y otros elementos de fijación y aplique: ganchos y argollas, todos ellos realizados en hierro a excepción de un clavo de bronce (Fig. 19,2); no obstante, destacan por su mayor singularidad, junto a una posible pequeña pulsera (Fig. 19,59), una pátera-acetre, un cencerro-esquila, una falera y un cincel, que estudiamos a continuación.

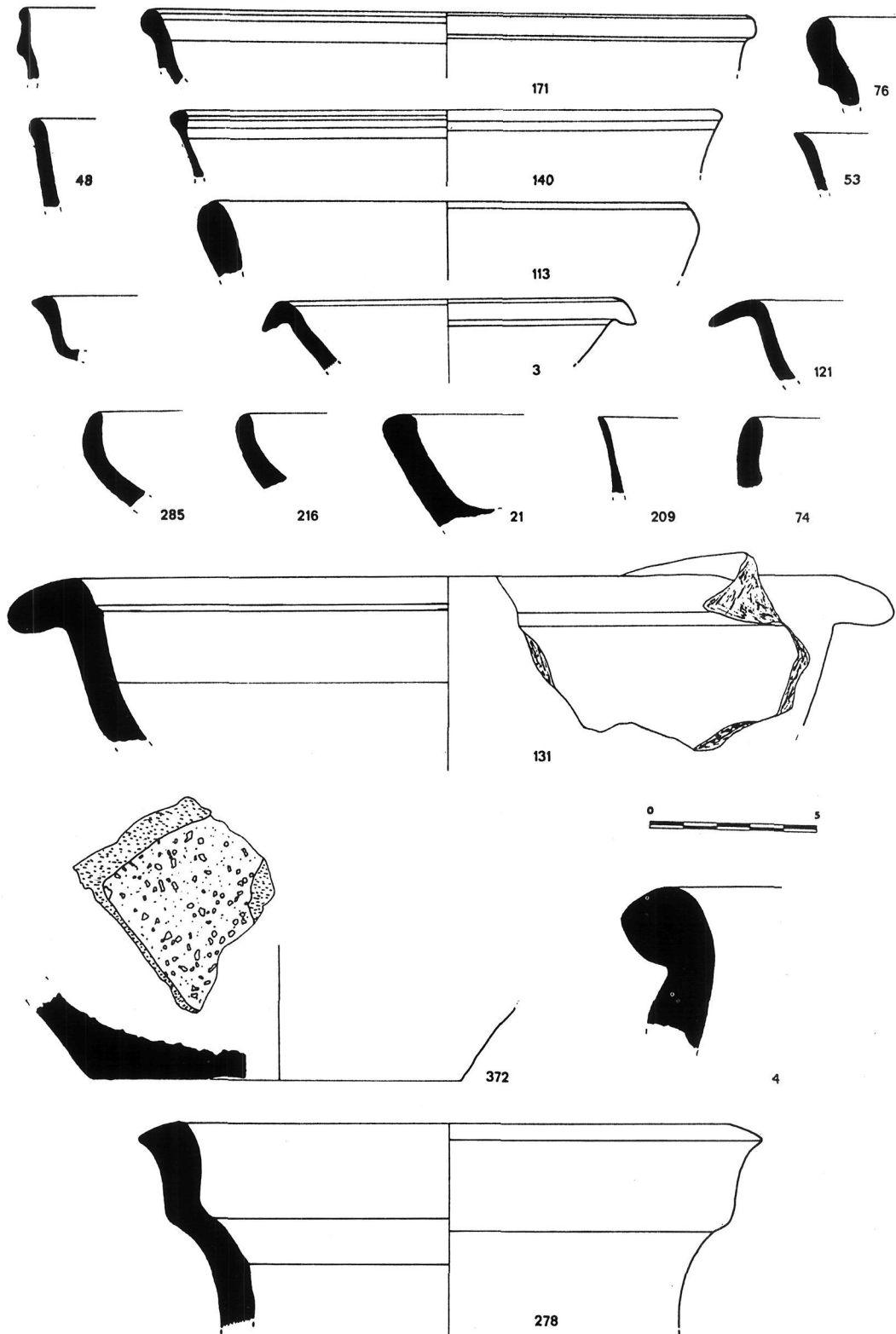


Figura 14. Cerámicas comunes.

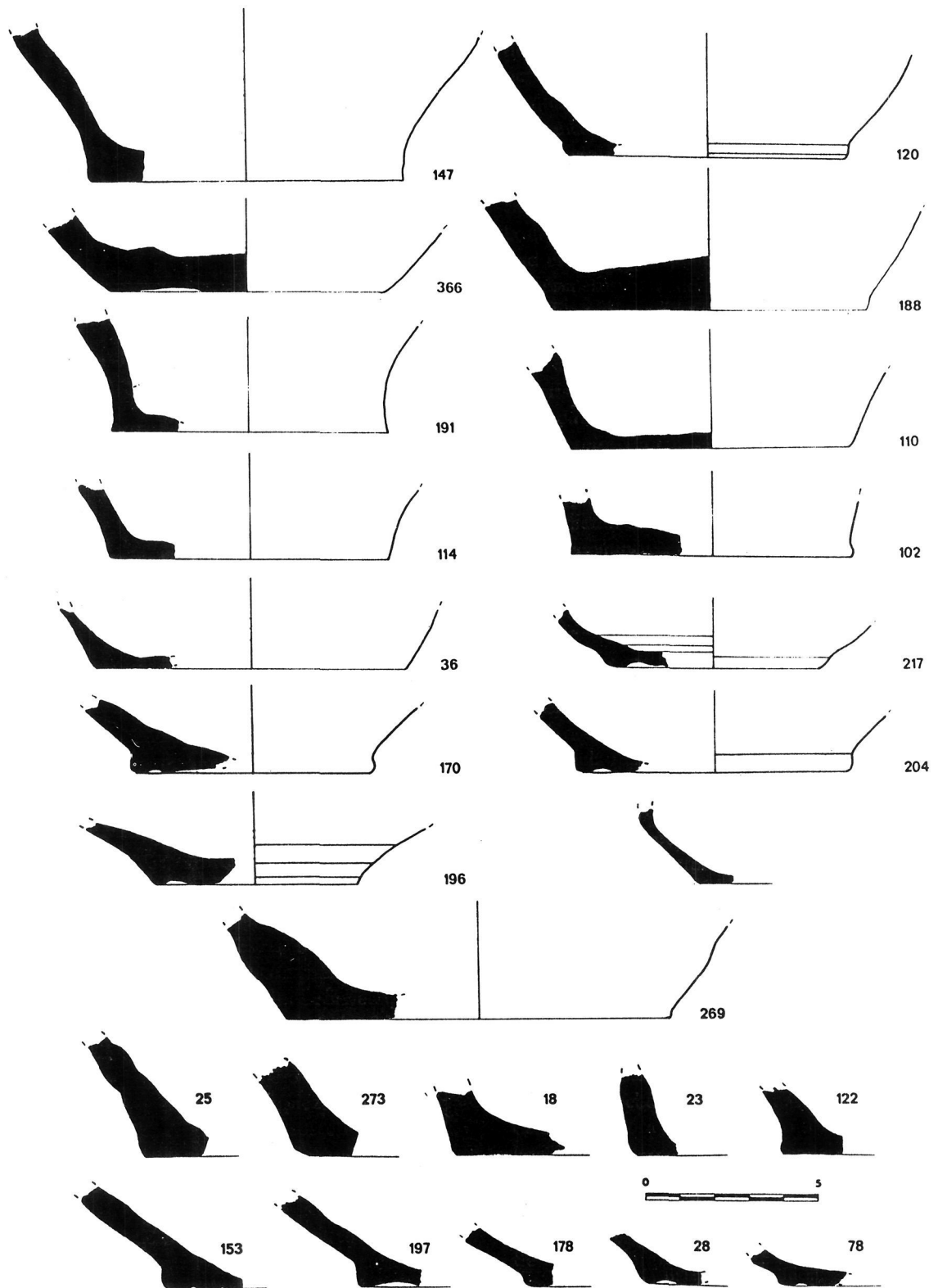


Figura 15. Fondos de cerámica común.

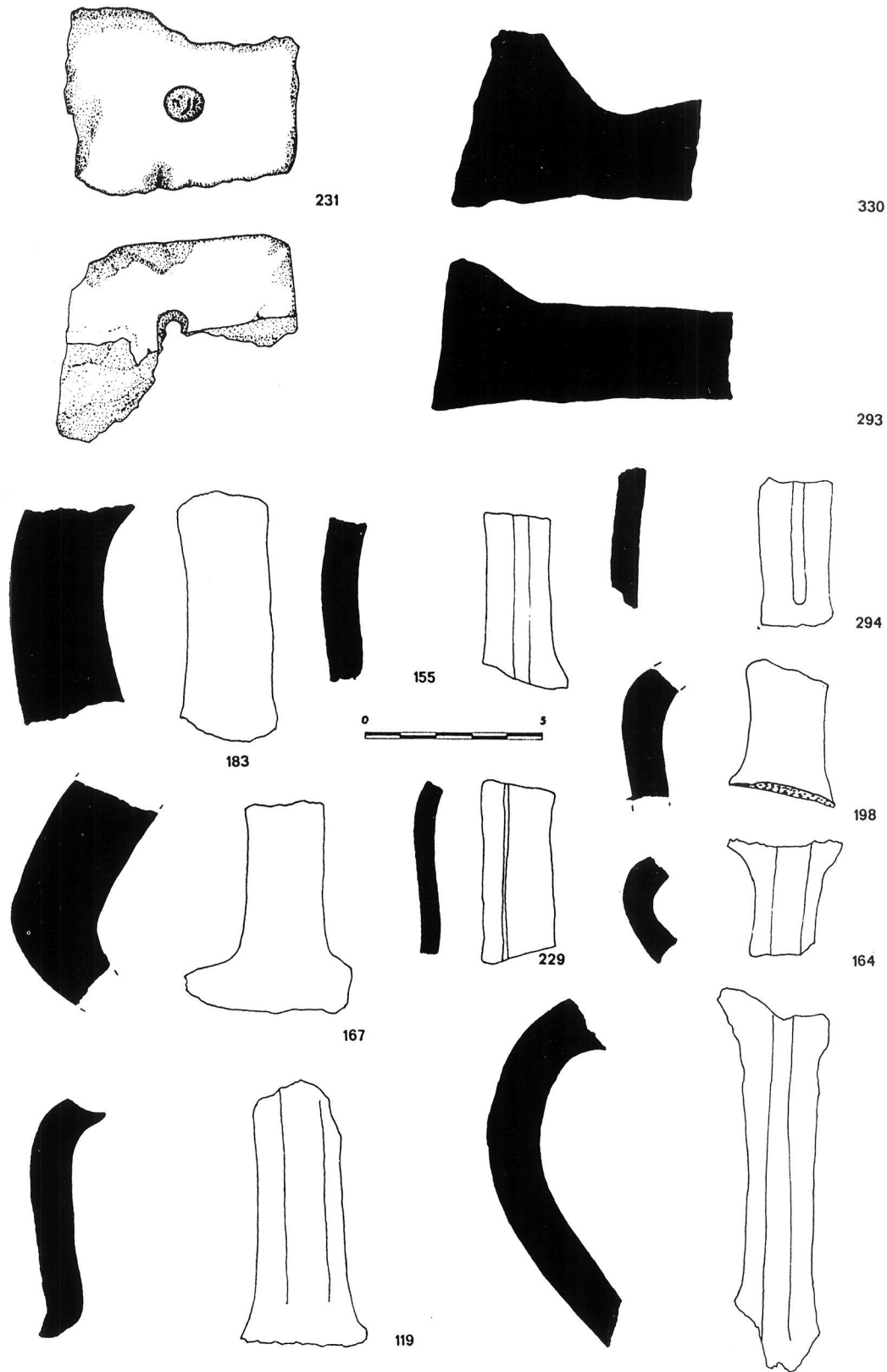


Figura 16. Fragmento de «pondus», «tegulae» y asas de cerámica.

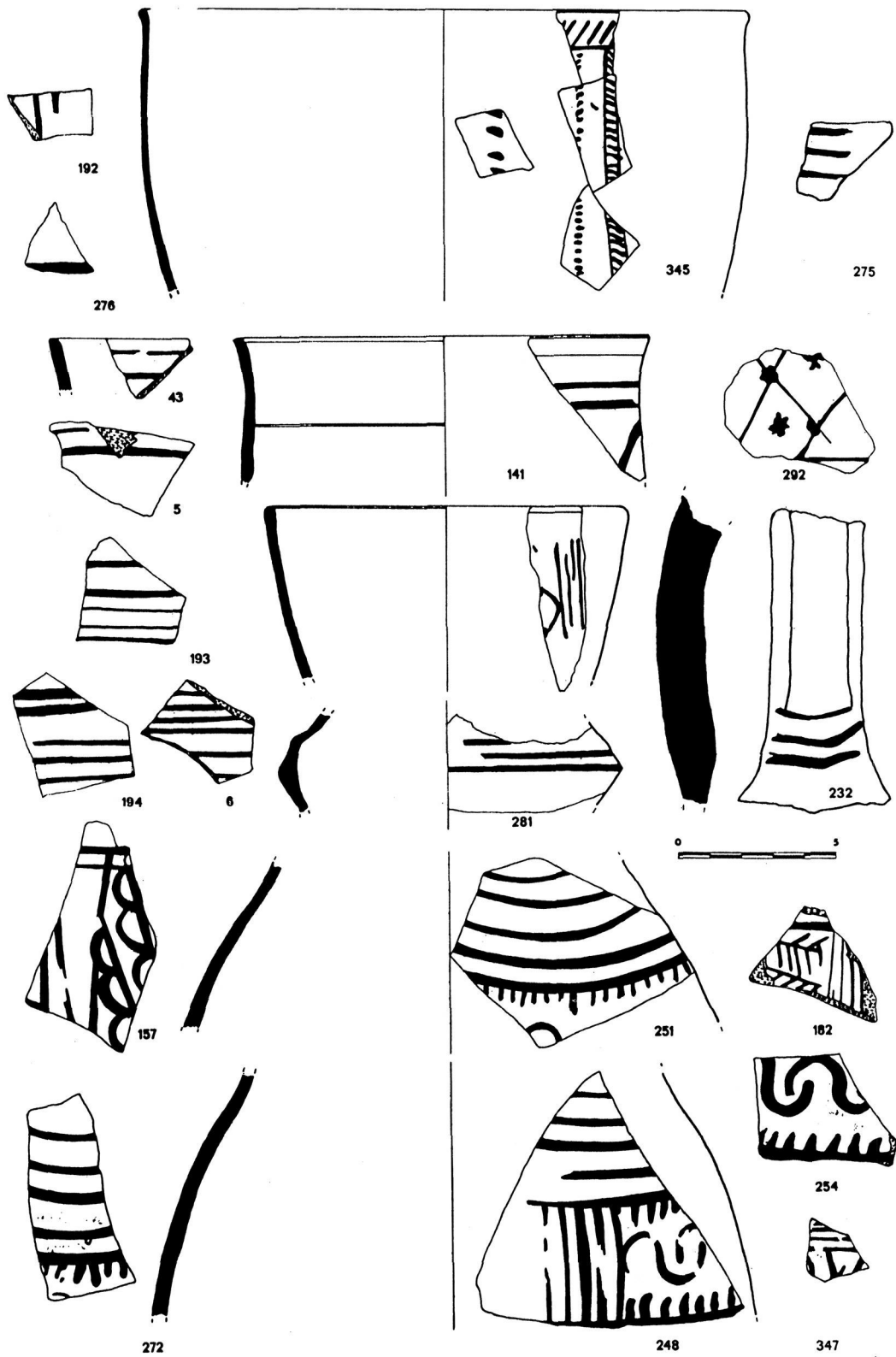


Figura 17. Cerámicas pintadas.

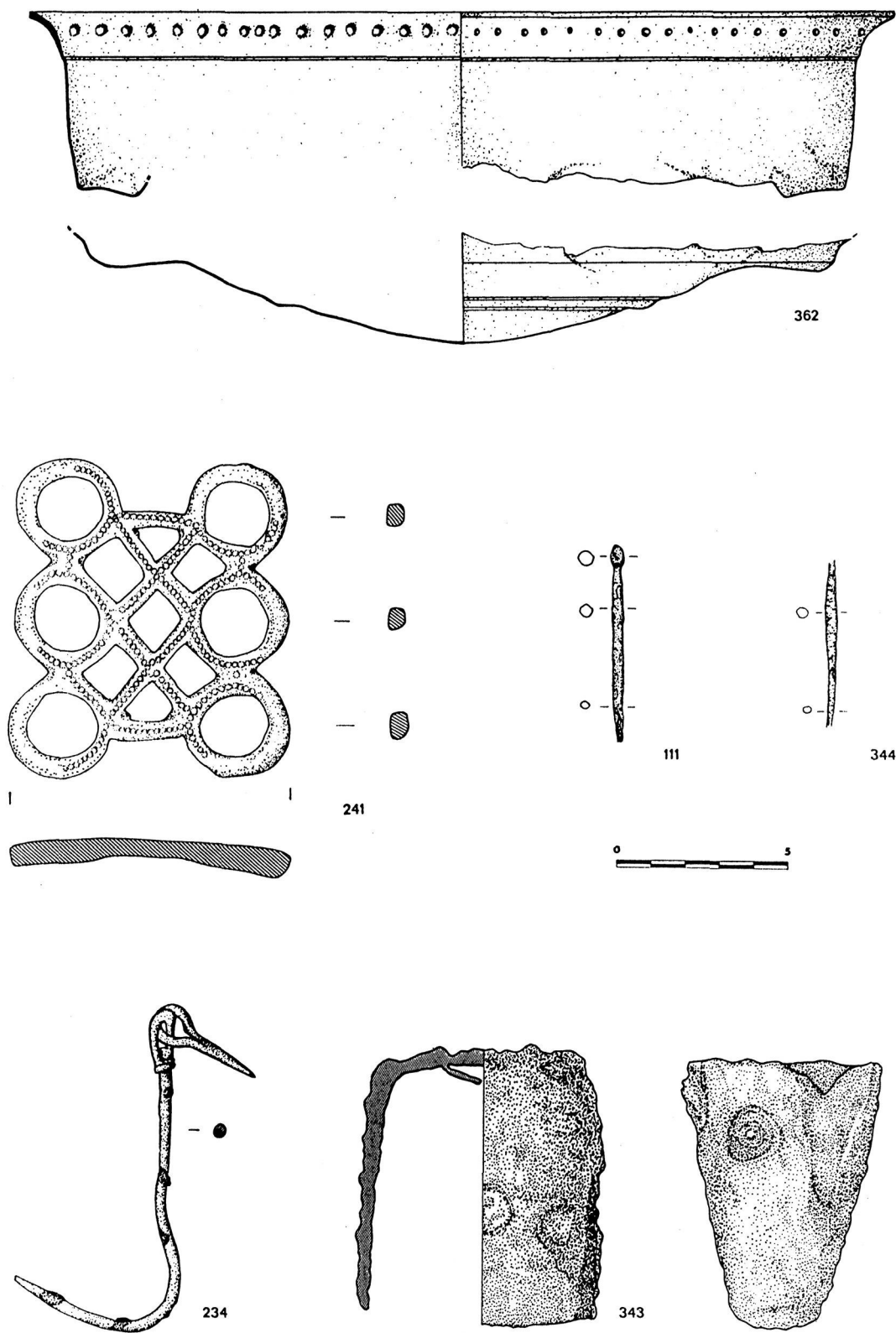


Figura 18. Objetos de metal y hueso.

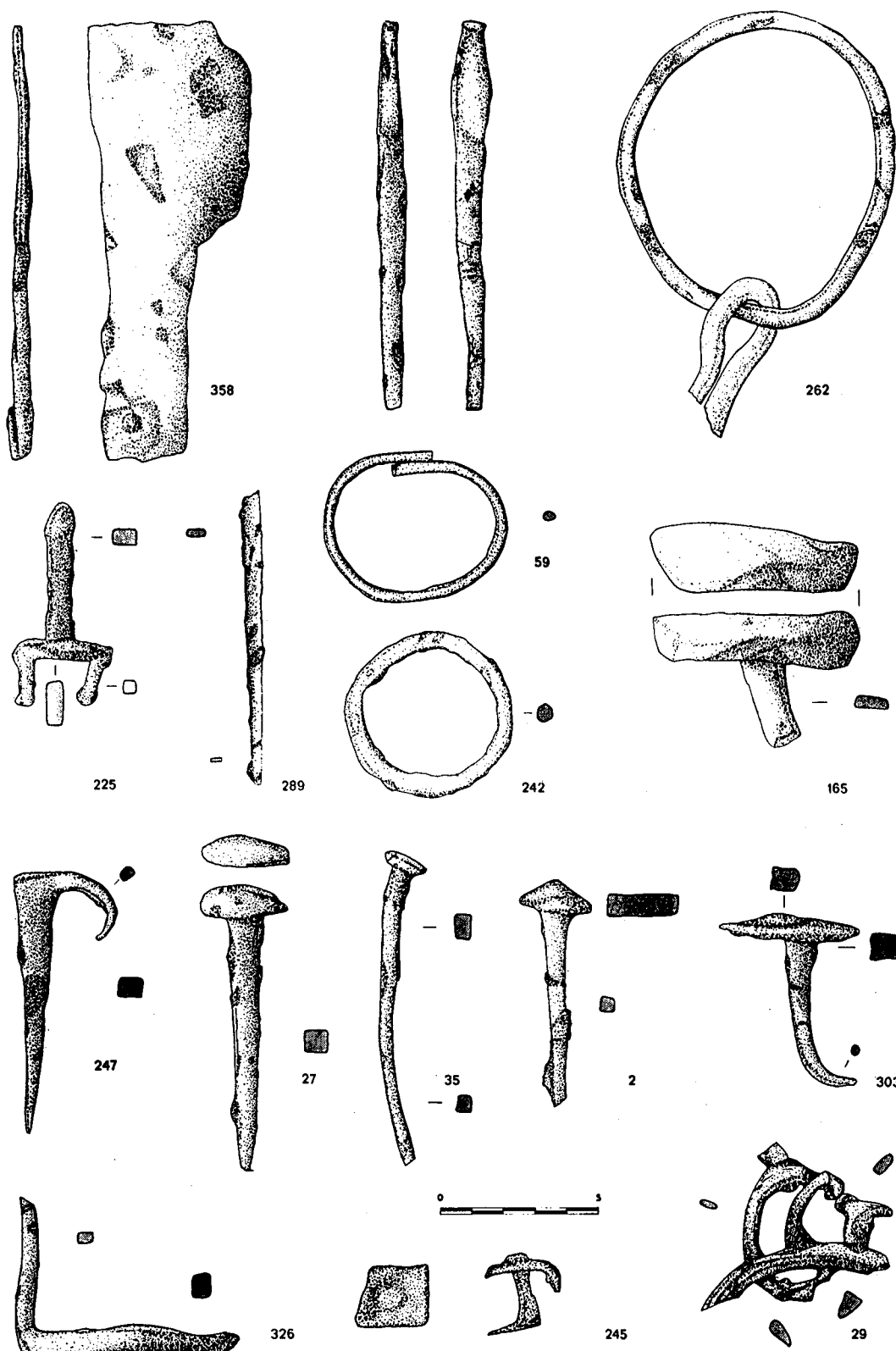


Figura 19. Objetos y clavos de hierro.

Pátera-acetre

Tiene forma de cuenco profundo con borde saliente, quedando señalado el paso del borde al cuerpo con un reborde o moldura, desarrollándose por encima de éste un nuevo motivo decorativo a base de alineación de clavos; también el paso del cuerpo al fondo convexo está indicado con dos resaltes paralelos. Tiene una anchura de 255 mm., 70 mm. de altura y el grosor de la placa oscila en torno a 1 mm..

Este tipo de acetre-caldero hay que relacionarlo con el tipo 7b de Palol, que suele estar decorado con gallones, ondulaciones o perlas en el borde y es muy frecuente y peculiar del Bajo Imperio a partir de finales del s. IV (PALOL, 1970: 233, 235-236, fig. 11).

Cencerro-esquila

El cencerro de hierro, al que le falta el badajo, tiene una altura de 8,6 mm. y 7,3 mm. de anchura y 4 mm. de grosor en su zona central.

Está formado por placa de hierro doblada en su centro, es decir, por la parte superior del cencerro y los laterales unidos con remaches de los que se observan al menos cinco en cada lado; el badajo colgaba de una varilla, de la que han quedado restos en la parte superior interna e iba fijada con dos remaches que posiblemente sirvieron también para sujetar el asa como continuación de la varilla del badajo.

Presenta una decoración a base de círculos concéntricos, dispuestos en su zona media baja, de los que se distinguen dos situados a diferente altura.

Este pequeño cencerro, que por su tamaño es más una esquila relativamente cuidada, como queda reflejado en su decoración, encuentra paralelos en cuanto a forma y características de fabricación en Yecla de Santo Domingo de Silos (GONZÁLEZ SALAS, 1945: 30) y también en cuanto al plegado de la lámina en Baños de Valdearados (ARGENTE, 1978: 146, fig. 53), no así en la unión del badajo; a su vez el plegado de la chapa es similar al de los grandes cencerros de Fuentespardas, pero con diferente forma y disposición del asa (CABALLERO, 1974: 114-119, fig. 26-27).

"Phalera" o Placa de Arnés (Lám. VI,2)

La falera o placa de arnés mide 9 cm. de largo por 7,5 de ancho, está realizada en bronce y presenta 6 anillas —tres a cada lado— para el paso de las riendas, que enmarcan en la zona central un entrecruzado

reticular, que al igual que las anillas va decorado por su cara exterior con alineación de pequeños círculos, tema frecuente en el Bajo Imperio.

La estructura de este ejemplar no se ajusta a los dos grandes grupos, de umbo y de arcos de herradura, planteados por Palol para estas piezas, que se caracterizan por presentar un elemento escultórico figurado (PALOL *et al.*, 1967: 236-7 y 1969: 309-311) —máscaras de divinidades, bustos femeninos o animales, acompañados a veces con elementos vegetales, como se observa también en el ejemplar de Campañón, único que se conoce en la provincia de Soria (MILLÁN, 1947: 197 ss.)— enmarcado en el primer grupo por cuatro anillas circulares o angulares y por incluir además pequeños arquillos entre las cuatro anillas, en el segundo. Las características decorativas de estas piezas se asemejan a los que ofrecen otros objetos típicos del Bajo Imperio como los broches de cinturón y las ruedas de arnés de caballo, que permiten situarlas en un momento tardío del Bajo Imperio, ya en la segunda mitad del s. IV (CABALLERO, 1974: 189-190).

Cinzel (Fig. 19, s/n)

Este útil tiene 123 mm. de longitud y 7 mm. de sección rectangular; presenta, a partir de 10 mm. de su extremo posterior un engrosamiento que alcanza 13 mm., para estrecharse a continuación y adoptar una sección circular. Está desprovisto de su extremo o filo anterior, que debió corresponder al de un cinzel, ya que en la posterior presenta una zona de golpeo y las rebabas del mismo.

Este tipo de útiles es bien conocido en diferentes yacimientos del ciclo cultural del Duero como Fuentespreadas (Zamora) (CABALLERO, 1974: 126 y 194), Las Merchanas (Salamanca) (MALUQUER, 1968: 122, fig. 11), en la necrópolis de Vadillo (Soria) (TARACENA, 1934: 281-285) y en un enterramiento de Tiermes (Soria) (ARGENTE y ALONSO, 1984: 422, 425-426).

Ara votiva y lápida funeraria (Lám. VI)

Se recogió un árula o pequeña ara votiva en el tramo de corredor B, junto al muro de separación de éste con la habitación C. Está realizada en piedra caliza y presenta una rotura en su parte superior; mide 16 cm. de alto y 11 cm. de ancho por 7,5 cm. de grosor, en la zona de inscripción y 15 cm. de ancho

por 10 de grosor en la basa, que presenta tres molduras.

Se distinguen cuatro líneas de texto, aunque la primera —en donde posiblemente figuraba el nombre de la deidad— está prácticamente perdida por la rotura, de ahí que todo planteamiento sobre la restitución de este nombre no puede superar la mera conjetura; no obstante, los rasgos inferiores que han quedado de las letras nos indican la existencia de cinco tipos algo mayores que los de las restantes líneas y más centrados, además los rasgos de las últimas letras (si realmente son las últimas) solamente corresponderían a una terminación «--TI», lo que nos lleva a pensar en el dios Marte como titular del ara. Por otro lado, teniendo en cuenta el nexo de A y M en la segunda línea y de la restitución por una F de los rasgos poco claros que aparecen en el inicio de la tercera, podríamos hacer la siguientes lectura: (Marti) ?? / C(aius) Camilius/ (F)irmus ex/voto, es decir se trataría de un ara dedicada como exvoto al dios Marte por un tal Cayo Camilio Firmo.

No sabemos, si esta onomástica con los trianónima romanos, está relacionada con el «dominus» de la villa; no obstante el «nomen» y el «cognomen» los tenemos atestiguados en esta zona, así «Camilius» o «Camillius» está documentado en otras inscripciones vinculadas a Clunia y zonas próximas, ya que a un tal «Camillius Arrus», hijo de Aion, procedente de Clunia se le dedica una inscripción funeraria hallada en San Vicente de Alcántara (Badajoz) y también un tal «Valerius Camilius» o «Camilus», dedica junto a su mujer un ara votiva al dios Júpiter en Santervás del Burgo (JIMENO, 1980: 45), próximo a Valdanzo y en donde existe también una villa bien conocida (ORTEGO, 1954-55 y 1959). Por otro lado, «Firmus» también lo conocemos en esta zona a través de una inscripción funeraria dedicada a un tal «Firmo Mascel» y a su hijo «Lion»; y en otra de Torrearévalo, en donde una madre de nombre «Arcoles» dedica una estela a su hijo «Firmino»; por lo demás, este nombre, en sus diversas variantes, está bien atestiguado en los textos epigráficos de la Península, sobre todo en la zona Oeste y Suroeste.

Finalmente, no sería extraño la posible dedicatoria al dios Marte debido al atractivo que su culto despierta en esta zona —después de Júpiter es el más invocado en las aras en esta provincia (JIMENO, 1980: 258)—; como es sabido Marte es el dios de la guerra y bajo su amparo se acogen los militares o se acude a él para evitar o hacer que sean favorables los con-

flictos bélicos, en este sentido no sabemos si esta dedicatoria tendría que ver con las vicisitudes de esta «villa» en sus últimos momentos.

Según Taracena también procede de este lugar una lápida que ahora se encuentra puesta en la pared de una casa de la plaza del pueblo (TARACENA, 1941: 166). Es de piedra arenisca y mide 62 cm. de alto por 29 cm. de ancho. Tiene forma de ara o cipo y en su cuerpo central quedan restos de cinco líneas, prácticamente ilegibles por el desgaste que presenta la piedra, solamente acertamos a distinguir DM / ---FMA / ---POS / ---R--, y podemos interpretar en la primera línea las letras D (iis) y M(anibus), de dedicación a los dioses Manes por lo que pensamos se trataría de una inscripción funeraria (JIMENO, 1980: 136-137).

Estudio funcional

Aspectos funcionales de las diferentes zonas

La fuerza y frecuencia de los focos de fuego que aparecen sobre los mosaicos, así como la abundancia de restos de madera quemada hablan de una destrucción por incendio de esta construcción; por otro lado, la escasez de materiales parecen indicar un abandono anterior. Todo ello dificulta el intento de reconstrucción funcional que pretendemos hacer (Fig. 20).

Es evidente que el espacio descubierto de la villa corresponde a la zona residencial y a una de las partes más nobles, posiblemente la gran habitación sería el «oecus» o «triclinium». Este carácter está atestiguado, en primer lugar, por su estructura y cabecera absidial o semicircular, en segundo lugar por presentar el mosaico más relevante con un rico motivo central emblemático, y en tercer lugar, a diferencia de los otros aspectos, por disponer de un destacado rodapié —aunque no se han hallado en ella la riqueza y variedad de estuco pintado de los corredores—. También debía de llevar algún elemento destacado colgante del techo en su zona central, sobre el emblema, bien como provisión de luz o simplemente de adorno, ya que en esta zona se recogieron abundantes clavos, sobre todo escarpas, empleadas para su fijación.

Otro lugar a destacar en esta habitación es el rincón formado por el pequeño muro de separación del espacio cuadrangular con el semicircular, en donde de-

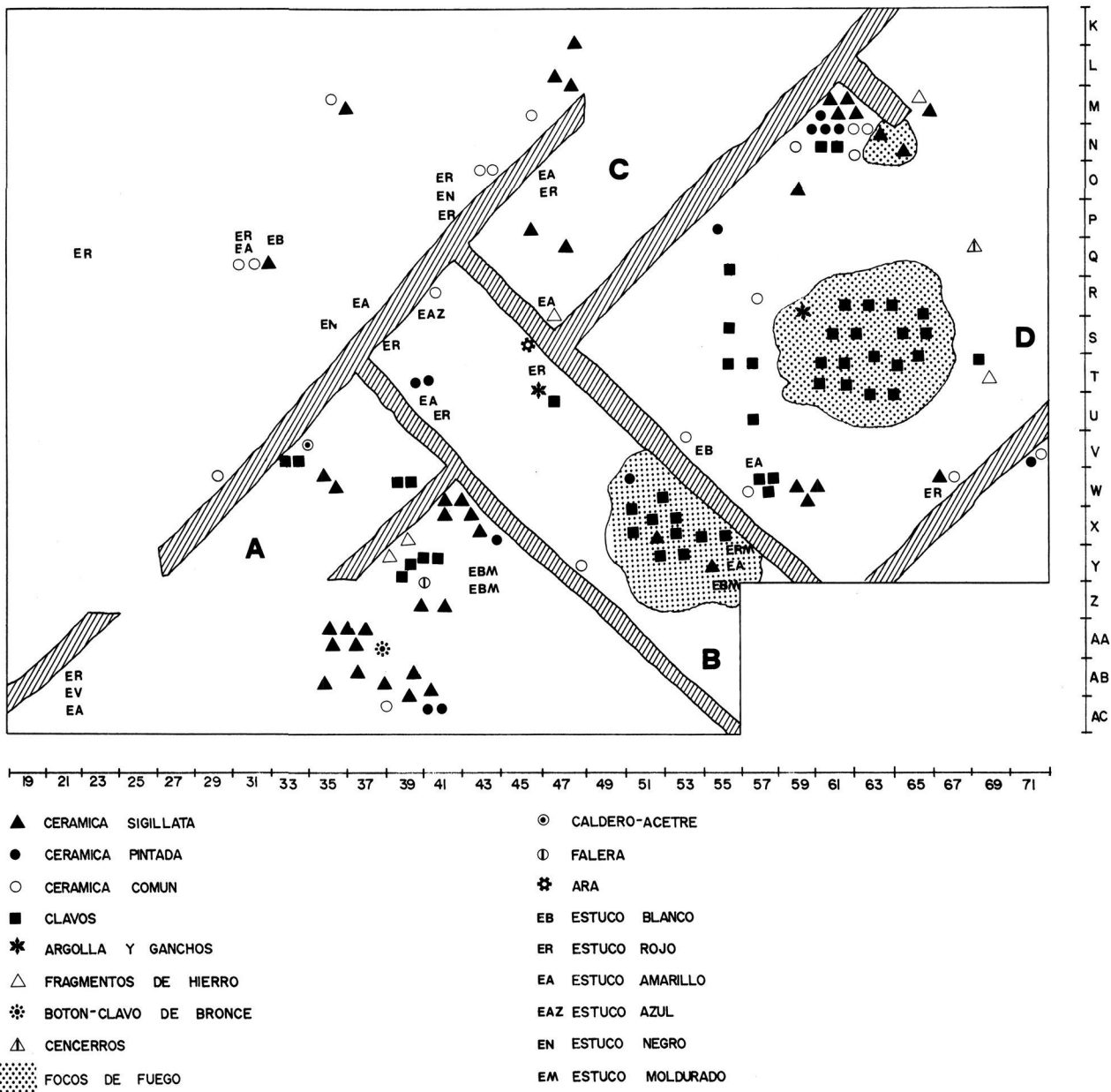


Figura 20. Distribución y relación de los objetos muebles y decorativos con las estructuras arquitectónicas.

bió existir un mueble o estructura decorativa, que ha dejado las huellas de sus apoyos en una zona en la que el mosaico estaba roto o, más bien, se había dispuesto cubriendo un roto del mosaico. Esta estructura o mueble hay que relacionarla con una serie de cerámicas sigillatas decoradas, una con grafito, e incluso alguna común que aparecen concentradas en esta zona. Por último, también en el tránsito de las dos zonas que constituían la habitación, se halló el cencerro o esquila.

De la habitación C poseemos todavía menos información, ya que ofrecía una peor conservación y además los dos niveles de ocupación estaban revueltos; aquí fue donde se recogió entre otras cerámicas la boca de Hermet 13, que proporciona una fecha del s. II-III.

También los tramos de corredor ofrecen una información a tono con la zona noble que comentamos. Se trataba de espacios con mucha luz al estar abiertos lo que se acompañaba con colorido, como lo indican los estucos recogidos de variados colores, así el tramo

A, iba decorado con colores rojo, verde y amarillo. En el B se ha encontrado todavía adherido al muro estuco rojo y además se ha recogido también de color azul oscuro, e incluso moldurado a la altura de la puerta de acceso a la habitación D. El tratamiento diferenciado de esta zona, como ya indicamos, venía señalado por el elemento emblemático del mosaico, este realce también se extendió al parecer a paredes y techos a base de elementos moldurados, como lo prueban este tipo de piezas halladas, que a su vez coinciden con una mejor frecuencia o abundancia de clavos, correspondientes a posibles apliques o elementos suspendidos del techo. Otro aspecto a destacar en este corredor es la presencia de la citada ara votiva.

En el tramo A se recogieron cerámicas sigillatas, entre las que destaca una Drg. 40, decorada con la cruz de San Andrés, así como el acetre-pátera de bronce, una anilla con gancho de colgar y el pasarriendas de bronce, que nos indica así el mismo carácter noble de este tramo de corredor; no obstante, todos estos objetos estaban en el interior del mismo, ya que el gancho de colgar y el pasarriendas aparecieron al exterior, en el patio, pero al estar esta zona muy alterada por los efectos del arado, —ello explicaría que tanto en el corredor como en el patio se recogieron fragmentos de cerámica correspondientes a la misma forma—, no resulta fácil situar e interpretar con precisión los restos hallados.

Las catas A, B y C, aunque aparecían sumamente alteradas, llegándose enseguida al manto arcilloso natural, proporcionaron, no obstante, una serie de materiales significativos: abundantes huesos de fauna, —si los comparamos con los aparecidos en las demás zonas de la excavación—, algunos estaban calcinados restos de una cañería de cerámica y otros objetos, entre ellos un cincel de hierro y un agujón de hueso con cabeza redonda. Esta zona, corresponde al lado Este de la construcción, es decir el opuesto al de las habitaciones excavadas, y habría que relacionarla con la de servicios, como indican las características de estos hallazgos.

Consideraciones sobre el poblamiento en los siglos IV-V d.C. en la zona del alto Duero

El aumento de la presencia de asentamientos rurales, como este de San Pedro, en el s. IV es aplicable para la generalidad de la provincia de Soria, si bien hay que indicar que dicho fenómeno no ocurre en to-

das las zonas —en el campo de Gómara incluso se observa un número mayor de yacimientos en el Alto Imperio— si tampoco este incremento se produce por igual en todas ellas (TARACENA, 1941; GARCÍA MERINO, 1975; BOROBIO, 1985; REVILLA, 1985; GÓMEZ SANTA CRUZ, 1989).

En este sentido, habrá que tener en cuenta como todos los procesos y cambios que vienen caracterizando en general al Bajo Imperio, pueden tener diferente incidencia en las distintas zonas, en evidente relación con el mayor o menor grado de desarrollo que la economía urbana haya alcanzado, siendo menor en aquellos donde el grado de ruralización sea mayor, y la orientación de la economía tienda al autoabastecimiento.

El aumento reseñado de los asentamientos rurales va acompañado de la inversión de capital que se refleja en las construcciones señoriales y en la riqueza de mosaicos, estucados, elementos esculpturados, metálicos y otra serie de materiales suntuarios. No sólo se aprecia esta disponibilidad económica en la mejora del acondicionamiento de las construcciones, sino incluso en la ampliación a veces de estos recintos arquitectónicos.

En este sentido, cuando analizamos el incremento del poblamiento rural del Bajo Imperio en relación con el del Alto Imperio, en esta zona de la provincia de Soria —aumento que se puede cifrar en un 16%, por término medio, ya que de unos 70 asentamientos se pasa a 94—, que conlleva la reducción de la superficie de explotación, así como la puesta en cultivo de nuevas tierras en algunas zonas del centro y al sur del Duero, podríamos pensar en un aumento demográfico significativo en el s. IV, pero si atendemos a la interpretación general sobre la despoblación de las ciudades, habría que valorar el aporte poblacional de excedente urbano (Fig. 21).

Ahora bien, carecemos de datos suficientes para valorar el grado del contingente poblacional que tuvo en esta zona el urbanismo, ni tampoco en que grado o medida las ciudades carecen de población pulso y ritmo a lo largo del s. IV (CABALLERO, 1984: 440); si bien en relación con la crisis de la segunda mitad del s. III se observa que estas restringen su perímetro con la construcción de recintos murados, es evidente que responde a la necesidad de disponer de una defensa más efectiva en un momento de peligro, no sólo para la población que vive en su interior, sino también para la que puede seguir viviendo en su exterior.

Pero aún admitiendo la contundencia de la crisis de la economía urbana, recesión económica, descenso

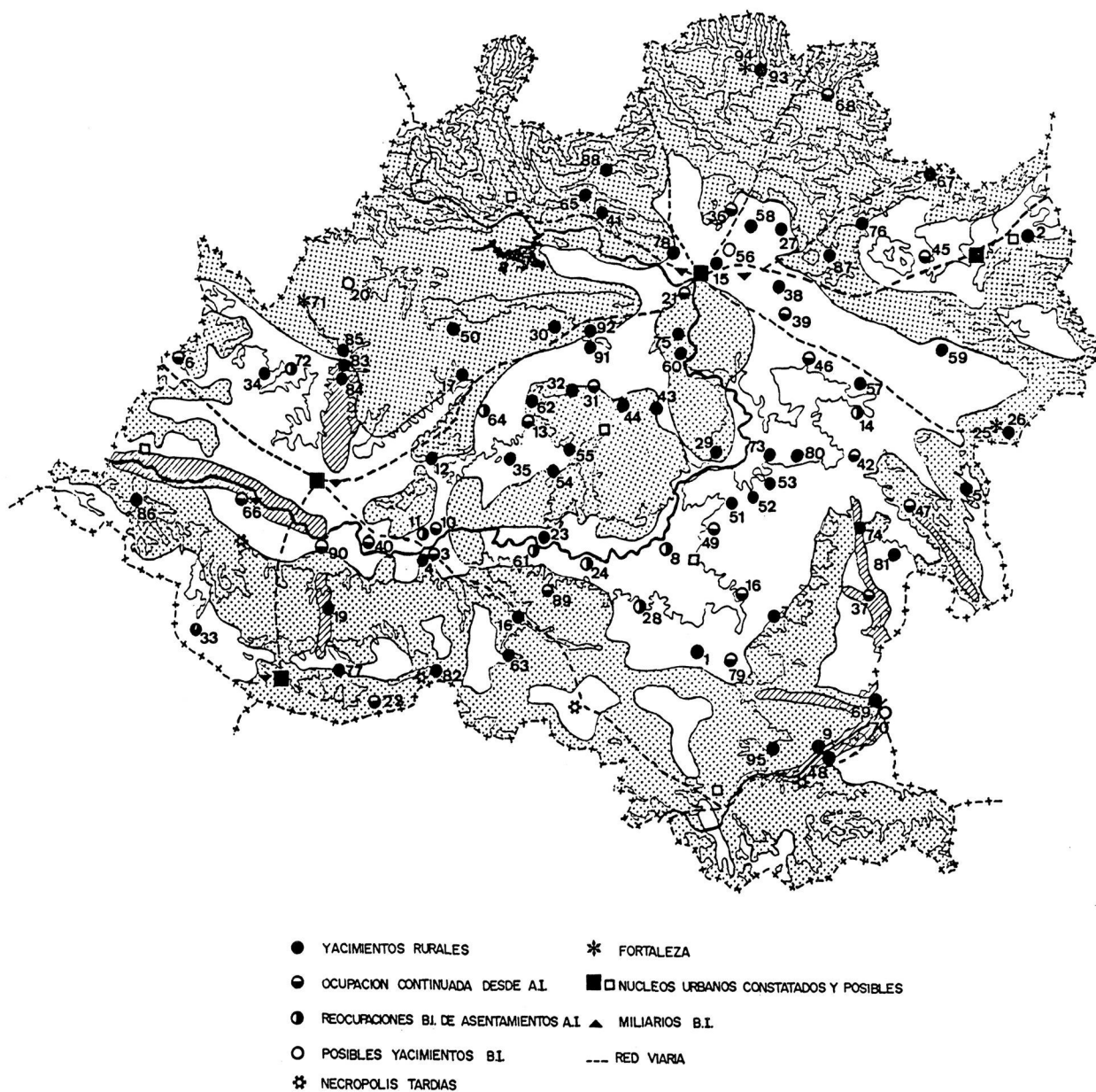


Figura 21. Distribución del poblamiento bajo imperial en el Alto Duero (según GÓMEZ SANTA CRUZ).

poblacional o demográfico en la segunda mitad del s. III —lo que ya ha sido contestado (ARCE, 1978)—, se da por hecho que la ciudad ya no cuenta, pero habrá que admitir, al menos, que la economía urbana como arraigo y soporte fundamental del poder político, no sólo central, sino provincial y local, no pudo desaparecer drásticamente, por ello cabe la duda sobre si este desarrollo rural se hace a partir del desmantelamiento de la ciudad o si todavía éstas mantienen cier-

to pulso y ritmo a lo largo del s. IV. No obstante, hay que admitir que la explicación en función de la crisis de la ciudad y la economía urbana, tendría menos o poca aplicación en aquellas zonas en donde el grado de población urbana nunca alcanzó un alto nivel.

Por otro lado, la presencia de grandes y ricas construcciones se podría explicar sin mayores problemas, por entender —valorando la propuesta general de la crisis de la ciudad— que la inversión de capital no se

dirige ya a los circuitos anteriores del artesanado, pequeña industria, comercio, servicios y fiscalidad, propios de la economía urbana, sino cada vez más a la rentabilidad de la tierra destinando parte del excedente a la mejora de la residencia y de las condiciones de vida.

Pero en relación con la explicación anterior, hay que valorar que las explotaciones restringen su superficie si las comparamos con las del Alto Imperio; es decir manejando datos que tenemos para la provincia de Soria, —zonas de Numancia, Campo de Gómara y Almazán— con superficies susceptibles de aprovechamiento de unas 2.100 a 2.200 Has. (5,2 Km. de distancia promedio entre yacimientos), lo que indica o requiere un tipo de cultivo extensivo de pocos productos o incluso monocultivo cerealista, pasamos en el Bajo Imperio a explotaciones de unas 800 a 900 Has. (3 Km. de distancia media entre yacimiento), por lo que el tipo de explotación debió ser más intensivo, así como más diversificado, con la puesta en cultivo incluso de nuevas tierras en las zonas de tránsito del monte a la campiña en el Centro de la provincia y al sur del Duero (BOROBIO Y MORALES, 1984: 45-56; GÓMEZ SANTA CRUZ, 1989).

Parece evidente que, en gran medida, estos asentamientos tendieron al autoabastecimiento, pero es difícil aceptar que se cortaran o se mantuvieran en parte los canales de intercambio económico; en este sentido, resulta sumamente significativo que los miliarios que se conocen en la zona occidental de la provincia —donde se sitúa la villa que estudiamos—, de la vía 27 y de la secundaria de Uxama a Termes, nos hablan de su mantenimiento y reparación por los emperadores del s. IV (JIMENO, 1980: 167-185, 261), aunque haya que valorar, como se ha apuntado para los miliarios de Gallaecia, su significado propagandístico político, más que mensurativo (ARCE, 1985: 153-154).

Por otro lado, sin admitir la salida de excedentes y su comercialización, sería muy difícil explicar el incremento de riqueza que permitiera invertir en la base tecnológica, para un mayor rendimiento de la tierra, así como en la mejora y ampliación de estas explotaciones; aunque todo ello haya que contemplarlo en el marco de un carácter apartado, autoabastecedor, autárquico, pobre, que algunos autores defienden para la Diócesis Hispaniarum en el s. IV d.C.; apoyándose en el agotamiento y abandono de las minas, en la circulación básicamente de moneda de bronce —ausencia de ceca, thesaurus, fabricae y contingentes de tropas— para hacer frente a las necesidades civiles e intercambio comercial (ARCE, 1985: 154-156).

A lo largo del Bajo Imperio, sobre todo en un momento avanzado, se observa como en esta zona, junto a los patrones básicos de asentamiento —ciudad y asentamiento rural agrícola—, surge otro nuevo que se localiza en el reborde montañoso —de dimensiones reducidas y elementos constructivos de gran pobreza posiblemente por su carácter temporal— con una inclinación evidente hacia el aprovechamiento ganadero básico. Se reocupan ahora los lugares que fueron ocupados en época prehistórica, fundamentalmente de la Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro, que se explican por un tipo de aprovechamiento similar, como los yacimientos en cueva del Asno, Covarrubias de Ciria, El Polvorista de San Leonardo, Cueva de la Mora de Somaén y al aire libre en zona de vega o llanura: Santa María de la Riba de Escalote, Los Tolmos de Caracena, Peñón y Cuevas de Trascastillo en Torrevicente, El Balconcillo de Utero, Castilviejo de Yuba o en lugares elevados de tipo castreño: San Cristóbal de Cuevas de Soria, El Castillejo de Langosto, Los Castejones de Calatañazor, Castro de Cubo de la Solana, Virgen del Castillo de El Royo, Castillo de Las Espinillas de Valdeavellano, Cerro del Castellar de San Felices, Los Castellares de Suellacabras, Castillo de Ocenilla, El Castillejo de Taniñe, Castillo Billido y Castillo de Soria (TARACENA, 1941; GÓMEZ SANTA CRUZ, 1989). A estos últimos, no se les puede negar su carácter estratégico.

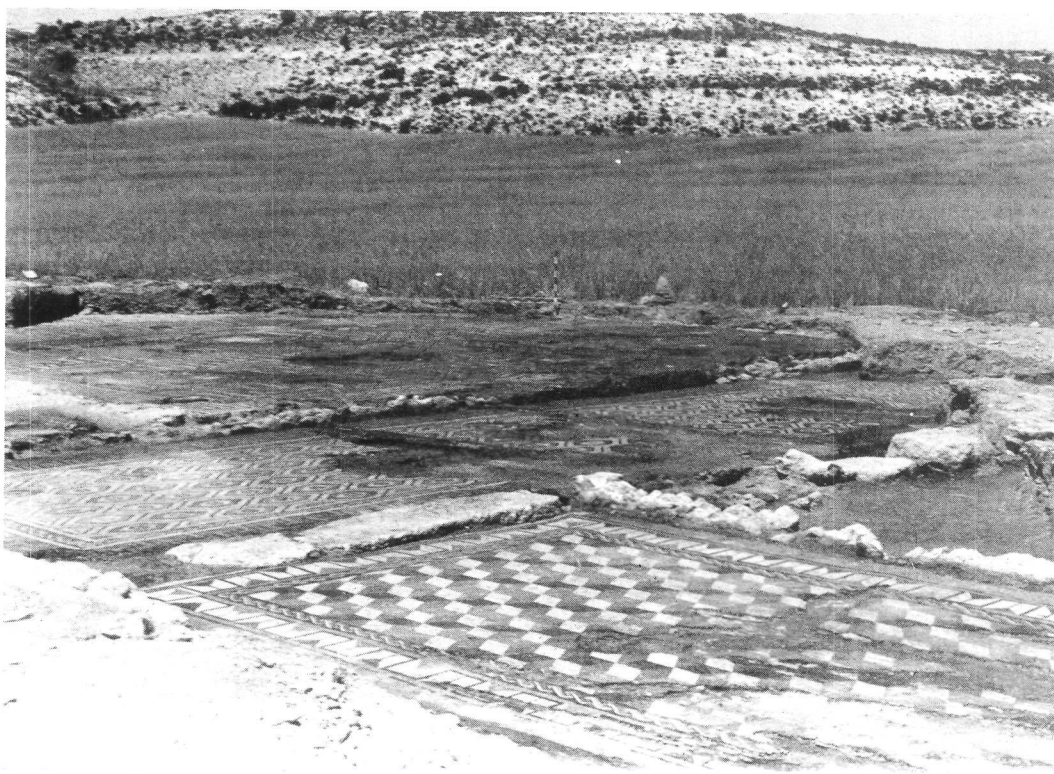
La explicación de esta tendencia habría que vincularla al debilitamiento de la villa o asentamiento rural como punto de referencia económico y social, poniendo progresivamente fin a las relaciones de dependencia entre colono y «dominus», para pasar a un tipo de explotación basado en los grupos familiares como medida de subsistencia; en suma, se trata de obtener un mínimo aprovechamiento con la menor o nula inversión de capital —por otro lado inexistente—, lo que lleva el desarrollo de una ganadería de pequeños rebaños que practicaron una transhumancia local o de corto recorrido, de carácter estacional.

Este tipo de explicación que se apoya en la dispersión zonal del conjunto de esos asentamientos y sus similitudes con lugares y aprovechamientos de época prehistórica, parece encajar mejor que aquéllas que han pretendido explicar individualmente los lugares elevados en función del dominio y el control de los pasos estratégicos, sin que haya que negar la existencia de algunos yacimientos con ese carácter. De la misma manera que también encuentra sentido la reutilización de las cuevas, frente a la tradicional consideración de estos lugares como refugio ocasional en momentos de crisis (CABALLERO, 1984: 450).

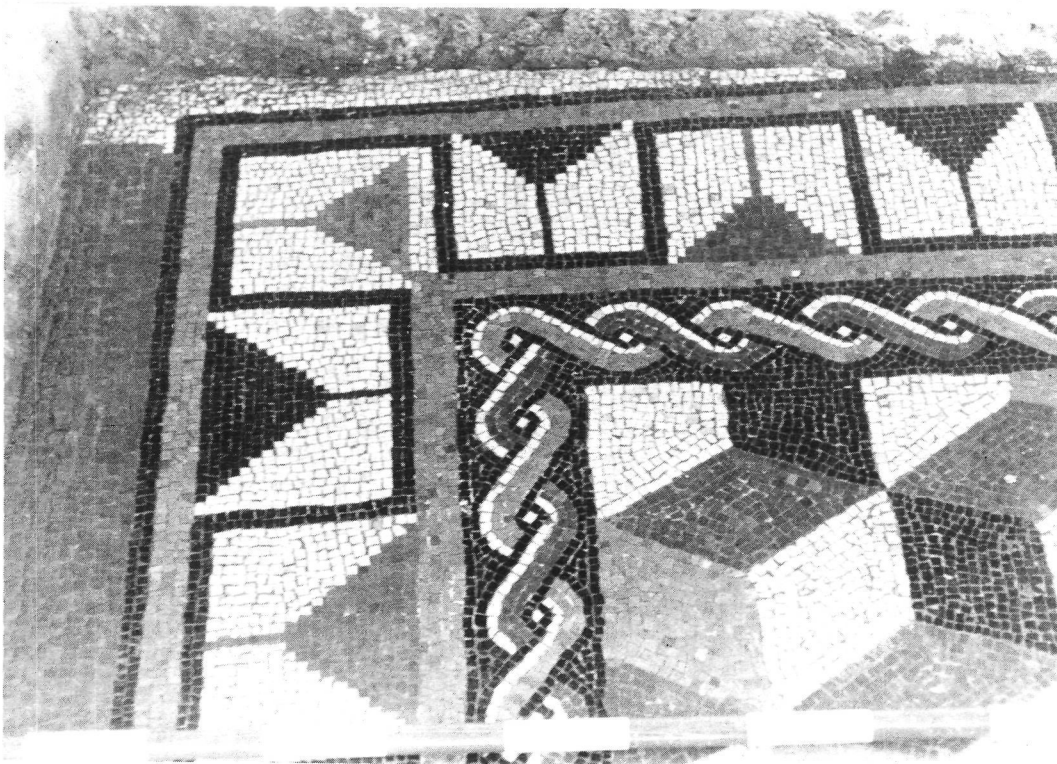
Bibliografía

- ABASCAL, J.M. 1986a. *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*. Departamento Historia Antigua. Universidad de Alicante. Madrid.
- ABASCAL, J.M. 1986b. *Un probable taller local de cerámica pintada tardorromana en Tarancueña (Soria)*. Lucentum, V, pp. 137-145.
- ABÁSOLO, J.A. 1974. *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*. Diputación Provincial de Burgos. Burgos.
- ALARCAO, J. 1974. *Cerámica Común local e Regional de Coimbriga*. Universidad de Coimbra. Coimbra.
- ARCE, J. 1975. *La administración económica de la Diócesis Hispaniarum en el siglo IV d.C.*, Pyrenae, 21, pp. 151-156.
- ARCE, J. 1978. *La "crisis" del siglo III d.C. en Hispania y las invasiones bárbaras*. Hispania Antiqua, 8, pp. 257-269.
- ARGENTE, J.L. 1979. *La villa tardorromana de Baños de Valdearados Burgos*. E.A.E., n° 110.
- ARGENTE, J.L., ALONSO, A. 1984. *Dos enterramientos Bajo Imperiales en el acueducto de Tiermes*. 1^{er} Symposium de Arqueología Soriana (Dic. 1982). Diputación Provincial de Soria, pp. 419-428.
- BLÁZQUEZ, J. M.^a, ORTEGO, T. 1983. *Mosaicos romanos de Soria*. Corpus de Mosaicos de España, Fasc. VI. Instituto Español de Arqueología «Rodrigo Caro». C.S.I.C. Madrid.
- CABALLERO, L. 1974. *La necrópolis tardorromana de Fuentespreadas (Zamora). Un asentamiento en el valle del Duero*. E.A.E., n° 80.
- CABALLERO, L. 1984. *Arqueología Tardorromana y Visigoda en la provincia de Soria*. 1^{er} Symposium de Arqueología Soriana (Dic. 1982). Diputación Provincial de Soria, pp. 435-457.
- CABALLERO, L., ARGENTE, J.L. 1975. *Cerámica paleocristiana gris y anaranjada producida en España*. T.P., n° 32, pp. 113-146.
- CALLEJO, C. 1967. *Cédulas Epigráficas del Campo Norbense*. Zephyrus, n° 18, pp. 100-101.
- CORONADO, A., GONZÁLEZ, C. 1982. *Vías y Caminos como elementos de estructura territorial. Análisis aplicado a la vía romana entre Uxama y Clunia*. Rev. Inv. C.U. de Soria, t. IV, n° 1-2.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.^a C. 1982. *Las villas Romanas en España*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.^a C. 1983. *Mosaicos de la villa romana de Cuevas de Soria*. Apéndice I de J.M. Blázquez y T. Ortego: Mosaicos romanos de Soria. C.S.I.C. Madrid.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D. 1984. *Complutum. II. Mosaicos*. E.A.E., n° 138.
- GARCÍA GUINEA, A. 1982. *Guía de la villa romana de Quintanilla de la Cueva*. Palencia.
- GARCÍA MERINO, C. 1975. *Población y Poblamiento en Hispania Romana. El Conventus Cluniensis*. Dpto. de Preh. y Arq. Univ. de Valladolid.
- GÓMEZ SANTA CRUZ, J. 1989. *Aproximación al poblamiento rural hispano-romano en la provincia de Soria*. Comunicación al 2º Symposium de Arqueología Soriana (En prensa).
- GONZÁLEZ SALAS, S. 1945. *El Castro de la Yecla en Santo Domingo de Silos (Burgos)*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Antigüedades, n° 7.
- GORGES, J.G. 1979. *Les villes hispano-romaines*. Inventaire et problematique archaologiques. Paris.
- JIMENO, A. 1979. *Aportación al estudio de la Necrópolis del Duero: Los Tolmos de Caracena (Soria)*. Rev. Invest. C.U. de Soria, t. III, pp. 91-105.
- LAMBLOGIA, N. 1963. *Nuove osservazioni sulla "Terra sigillata chiara", t. II*. Studi Liguri, XXIX, 1-4.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J.R. 1985. *Terra sigillata Hispánica tardía decorada a molde de la Península Ibérica*. Univ. de Valladolid.
- MALUQUER, J. 1968. *Excavaciones Arqueológicas en el Castro de "Las Merchanas" (Lumbrales, Salamanca)*. Pyrenae, n° 4.
- MAYET, F. 1983. *Les Ceramiques Sigillés Hispaniques*. I Texte, II Planches. C.N.R.S. París.
- MEZQUIRIZ, M.^a A. 1961. *Terra Sigillata Hispánica*. The William L. Bryant Foundatio. Valencia. t. I (texto), t. II (láminas).
- MILLÁN, C. 1947. *Falera romana de Camparañón*. A. y Mem. de la Soc. Española de Antrop. Etn. y Preh. n° 22, 1-4, pp. 197 ss.
- ORTEGO, T. 1954-5. *Excavaciones en la villa romana de Santervás del Burgo (Soria)*. N.A.H., III-IV, pp. 169-194.
- ORTEGO, T. 1959. *La Villa romana de Santervás del Burgo (Soria)*. C.N.A., VI, pp. 219-229.
- ORTEGO, T. 1976. *Excavaciones Arqueológicas realizadas en la villa romana de los Quintanares de Rioseco de Soria*. N.A.H. (Arqueología), n° 4, pp. 359-373.
- ORTEGO, T. 1983. *La huella visigoda en territorio Soriano*, Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología, n° 17.
- PALOL, P. 1952. *Algunas piezas de adorno de arnés de época tardorromana e hispano-visigoda*. A.E.Arq. n° 25.
- PALOL, P., FONTANEDA, E., CORTÉS, J. 1967. *Nuevos hallazgos arqueológicos en la zona de Valladolid*. B.S.A.A., XXXIII, pp. 236-237.

- PALOL, P., FONTANEDA, E., RECIO, A. 1969. *Nuevos hallazgos arqueológicos en la región de Valladolid (III)*. B.S.A.A., XXXIV-V, pp. 309-311.
- PALOL, P., CORTÉS, J. 1974. *La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia). Excavaciones de 1969-70*. Acta Arqueológica Hispánica, vol. I, Ministerio de Cultura, Madrid.
- RIGOIR, J. 1968. *Les Sigillées Paleochretiennes Grises et Orangées*. Gallia, t. XXVI, pp. 177ss.
- TARACENA, B. 1929. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Antigüedades, n.º 103, Madrid.
- TARACENA, B. 1930. *La villa romana de Cuevas de Soria*. Inv. y Progreso, n.º 7 y 8 (año IV).
- TARACENA, B. 1932. *Excavaciones en la provincia de Soria*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Antigüedades, n.º 119, Madrid.
- TARACENA, B. 1934. *Un ajuar de herramientas visigodas*. Actas y Mem. de la Soc. Española de Antrop. Etn. y Preh., n.º XIII, pp. 281-285.
- TARACENA, B. 1941. *Carta Arqueológica de España*. Soria. C.S.I.C. Madrid.
- VEGAS, M. 1973. *Cerámica Común romana del Mediterráneo Occidental*. Publicaciones Eventuales, n.º 22. Inst. de Arq. y Preh. Barcelona.



1

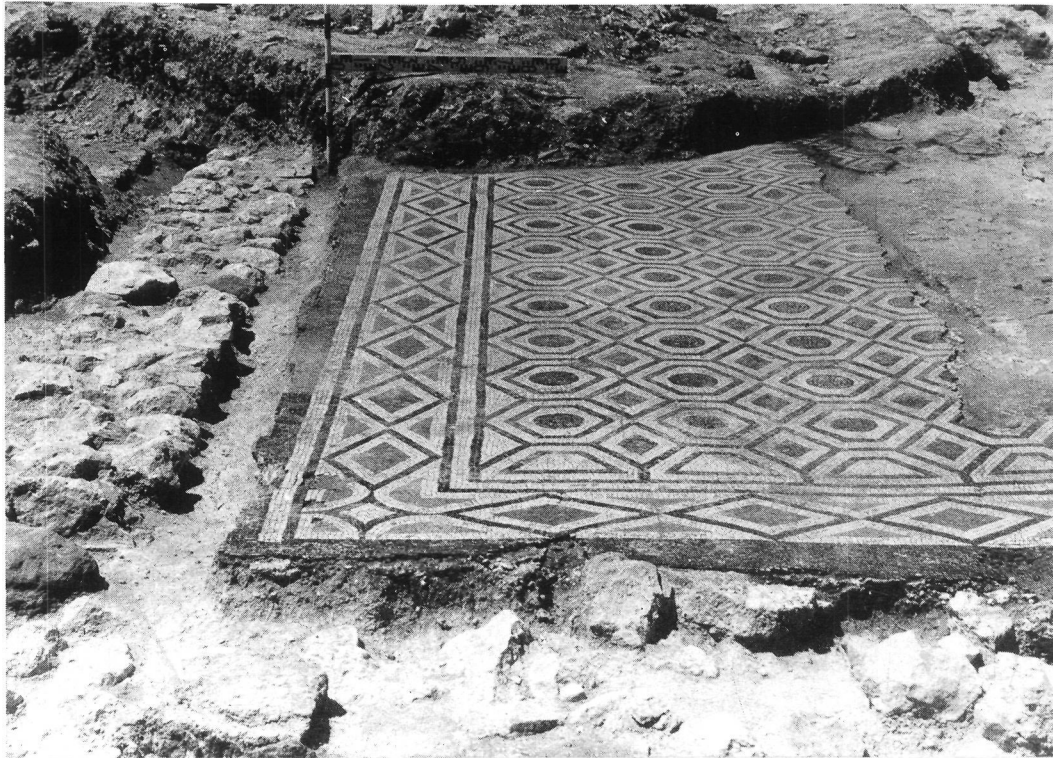


2

Lámina I. 1: Conjunto de las estructuras y mosaicos excavados. En primer plano, mosaico de cubos del corredor A. 2: Detalle del mosaico de cubos del corredor A, con las orlas que lo enmarcan.



Lámina II. 1: Emblema del corredor B, en el que se aprecia el recorte del motivo central. 2: Detalle del mosaico del corredor B con las orlas que lo enmarcan.



1

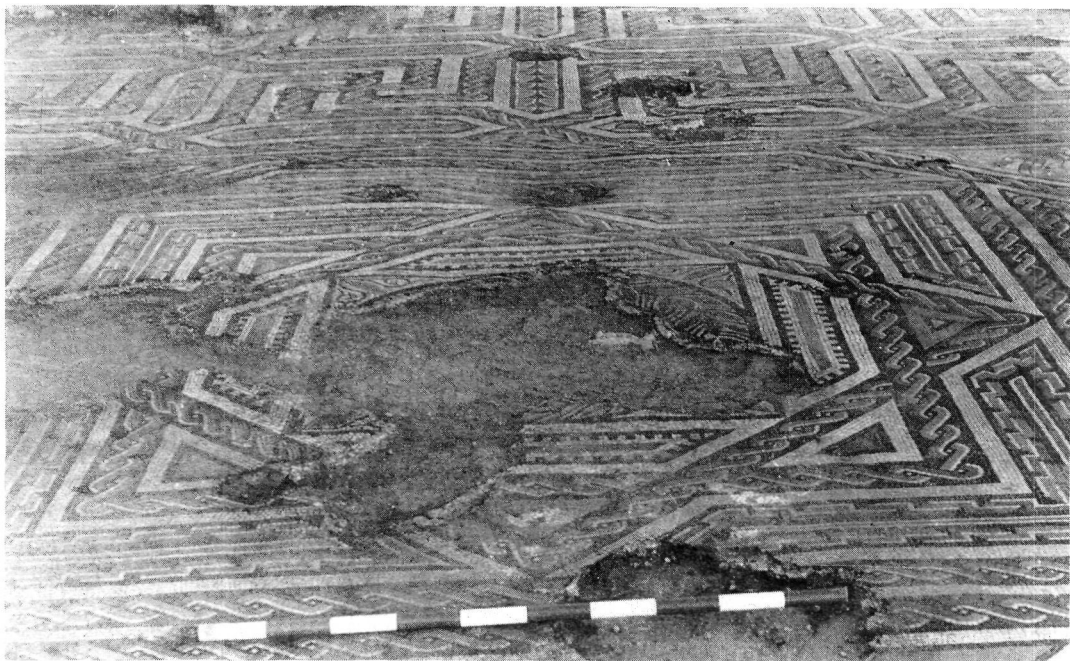


2

Lámina III. 1: Mosaico de hexágonos y rombos de la habitación C. 2: Detalle con la orla de enmarque del mosaico de la habitación C.



1



2

Lámina IV. 1: Mosaico de hexágonos o «nido de abeja» del corredor B. 2: Mosaico de meandros o svásticas con línea de cable de la habitación D. El emblema central aparece deteriorado y recortado.



1



2

Lámina V. 1: Detalle del campo de svásticas a base de cable de la habitación D. 2: Detalle de la orla que enmarca el mosaico de la habitación D.

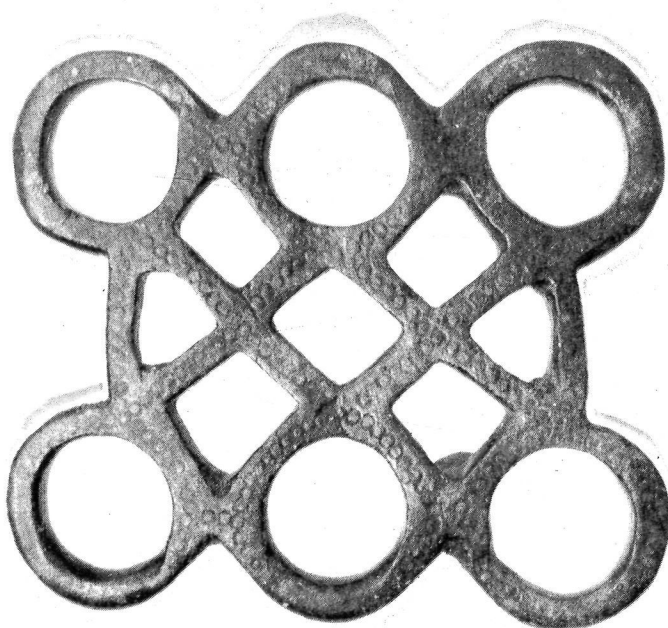


Lámina VI. 1: Ara votiva hallada en el corredor «B». 2: «Phalera» o placa de arnés.